



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arca. Sra. Asellaneda. Sres. Asquerino, Aubon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Aranzastain, Anchorena, Albuera, Arandía, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arriola, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrogo, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Bultrago, Calvo Assensio (D. Pedro), Campanar, Camús, Canalejas, Calero, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Ceste (conde de) Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sras. Calvo Assensio (D. Gonzalo), Comengo, Cañamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María), Diaz Perez, Duran, Dague de Riva-Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio Fernandez y Gonzalez Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin, Toro, Flores, Figueroa, Figuerola, Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galiste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guelbenzu, Guerrer, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompillo Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pausal (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Revilla, Rios Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Vaulera, Velez de Medrano Vega, (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de) Cemborain y España, (D. Eugenio), A. costa (D. Juan), Ribá y Fonters, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
PRECIO DE LOS ANUNCIOS
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 Sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1886

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Com. u. nicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Administración y redacción: Valverde 2, primero

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—Cuentos madrileños, por ***.
 —Un viaje á Rusia en verano, por el marqués de la Vega de Armijo.—Crónica científica, por Dr. A. Settler.—Suceso histórico, por Z.—El rey absoluto y el rey constitucional, por Nicolás Díaz y Perez.—El hierro, por Daniel Rodriguez.—Piano y violin, por F. Moja Bolívar.—Los esclavos en Marruecos, por Nicolás Díaz y Perez.—Los enemigos de la verdad y de la ciencia, por Francisco de la Fuente Ruiz.—Guía del viajero, por ***.—La gimnástica oficial obligatoria, por J. S. Gonzalez Samoano.—Estado de las ciencias naturales al terminar el año 1885, por Jerónimo Vida.—El mobiliario, por ***.—Un crímen caritativo, por ***.—El menor de tres pecados, por A.—El traje y el adorno, por L.—Curación de la rabia, por A. Settler.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

La coalición republicana.—Conferencia de D. Francisco Silvela acerca de Jovellanos en el Ateneo.—La crisis inglesa.—La crisis obrera en Bélgica.—Una obra póstuma de Víctor Hugo.

La deseada coalición entre los partidos republicano-progresista y republicano-federal es ya un hecho.

He aquí las bases de coalición convenidas entre ambos partidos:

1.ª Afirmar y defender como principios comunes, los derechos de la personalidad humana, el sufragio universal, y la República, como la forma esencial de la organización democrática de los poderes públicos.

2.ª Luchar unidos para la realización de sus comunes aspiraciones, por todos los medios legales, y aún por aquellos extraordinarios que la opinión reclama y la justicia sanciona cuando son sistemáticamente conculcados los derechos individuales, ó sistemáticamente detentada la soberanía del pueblo español, procediendo, en uno y otro caso, de previo y común acuerdo, y guardando entre sí las naturales relaciones de perfecta igualdad.

3.ª Aceptar como legalidad provisional

desde el establecimiento de la República hasta la reunión de las Cortes, los artículos de la Constitución de 1869 y la ley municipal de 1870, compatibles con estas bases y con la forma de gobierno republicana; sin que se entienda en manera alguna que la aceptación de esta legalidad provisional prejuzgue la cuestión relativa á la organización de la República.

4.ª Constituir un gobierno provisional en que tengan justa representación todos los partidos que concurran al triunfo de la República.

5.ª Convocar dentro de un breve plazo Cortes Constituyentes, en condiciones que hagan realmente imposible toda acción en intervención del gobierno y de las autoridades locales en las elecciones.

6.ª Someterse á la Constitución que decreten las Cortes, obligándose recíprocamente, cualquiera que sea la forma que se dé á la República, á no perseguir fuera de los medios legales la realización de sus peculiares aspiraciones.

7.ª Declarar que esta coalición no es obstáculo para que cada partido defienda y propague, antes como después de la proclamación de la República, sus peculiares doctrinas.

8.ª Procurar por los medios más eficaces que esta coalición responda al decidido propósito de que el establecimiento de la República, más que obra de partido, sea una obra nacional.

Por el partido republicano federal, Francisco Pi y Margall.—Por el partido republicano-progresista, Nicolás Salmerón.—Francisco de Paula Montemar.—Bernardo Portuondo.

Toda la plana mayor conservadora asistió al Ateneo. Se trataba de tributar los honores

de ordenanza al jefe del partido conservador, y los pasillos y salones del instituto científico de la calle del Prado viéronse invadidos por las elegantes y perfumadas personas de esa generación que ha dominado durante la época restauradora, y que está á punto de desaparecer de la vida pública en la transformación política que se prepara y se avecina.

El Sr. D. Francisco Silvela ocupó la cátedra, y ante un público numeroso de que formaban parte muchas y elegantes damas, y no pocas notabilidades en las letras, las artes y la política, empezó á explicar su conferencia acerca de Jovellanos y su ley agraria.

En la traza de estas conferencias históricas, decía el Sr. Silvela, que vienen á representar como los orígenes de la España contemporánea, confirióse el encargo de presentarnos el retrato de una de las figuras más simpáticas de tan vasto cuadro. Orador, filósofo, literato, político, crítico de artes, Jovellanos se distinguió en todos los ramos del saber, y en todos fué un hombre superior; pero no debo tratar de él sino por lo que toca á su ley agraria y á todo lo que con ella se relaciona, algo así como lo que pudiéramos llamar la gran política del ministerio de Fomento, que es lo que por igual nos interesa á todos, y en lo que menos nos ocupamos.

Los hechos más culminantes de la historia de Jovellanos, son conocidos de todos. Nació en Gijón en 1744; cursó jurisprudencia en Avila hasta los grados mayores, y recibió el doctorado en la Universidad de Alcalá, distinguiéndose en las discusiones académicas.

Se disponía á hacer oposiciones á una prebenda en Tuy, cuando acertó á pasar por Madrid, y poniéndose en relación con las personas que brillaban en la corte de Carlos IV, disuadiéronle de su propósito y le confirieron

una plaza de alcalde en la sala del crimen de Sevilla.

Fué á despedirle el conde de Aranda, quien en vez de darle instrucciones acerca de cómo debía portarse en su destino, limitóse á decirle que cuidara de no afeár su hermosa cabellera, permitiendo que se la cubrieran con las zaleas ó pelucas con que entonces se adornaban los magistrados; y como así lo hiciera Jovellanos, y sus compañeros supieran que tales eran los deseos del ministro, con aquella sencilla indicación quedó realizada una reforma que todavía no se han atrevido á llevar á cabo los radicales ingleses.

Pronto se ocupó Jovellanos en multitud de cosas de utilidad general; fomentó la creación de escuelas, de talleres de hilados, etc., y concurrió á los salones literarios, muy en boga por aquel entonces, atrayendo sobre sí la atención de los ministros que lo trajeron á Madrid á ocupar una alcaldía de casa y corte codicialísimas en aquellos tiempos.

A poco fué desterrado por su amistad con el conde de Cabarrús, y retirado á Gijón, creó el instituto é hizo valiosos estudios sobre aquella cuenca carbonífera.

Nombrado para desempeñar un ministerio, sólo á instancias de sus amigos lo aceptó, aunque convencido de que poco podría influir en la marcha de la política; pero luego cayó del poder el príncipe de la Paz, y entonces se alegró, imaginando atraer á Carlos IV al buen camino. El príncipe volvió al ministerio, y no olvidando el contentamiento de Jovellanos, le persiguió y desterró. En esta época fue cuando escribió la mayor parte de sus obras en prosa y verso que nos lo presentan como un enciclopedista.

La invasión francesa rompió el destierro y las cadenas de Jovellanos, llegó á Barcelona, donde se le acogió con frialdad rayada en la indiferencia, y de allí pasó á Madrid, á ocupar un puesto en la Junta Central, que es lo que constituye la verdadera vida política de Jovellanos.

En la Junta Central reveló todo su valer y todos sus conocimientos históricos, oponiéndose á que se trajera á España una Constitución nueva, cuando teníamos una Constitución histórica tan rica y tan viva.

Los sucesos le obligaron á escapar de Sevilla, de donde salió para Asturias con 7.500 reales por todo capital. Sus paisanos le hicieron un entusiasta recibimiento.

Volvamos á la *Ley agraria*.

¿Quién no conoce este libro, el mejor de los que salieron de la pluma de Jovellanos, y uno de los que han ejercido más influjo en nuestra patria?

La *Ley agraria* es un resumen de cuanto constituía la cultura de su tiempo, discretamente aplicada á las necesidades de España.

La idea primordial es dejar al interés individual que se aplique al desarrollo de los progresos materiales del mundo; poner por encima de todas las formas de la propiedad, la propiedad individual, defendiéndola contra la colectiva y contra la amortización.

Así es, que combate la Mesta, los bienes concejiles y de aprovechamiento común, la mano muerta, la amortización civil, cuanto se opone á la prosperidad individual.

La *Ley agraria* es como el evangelio de la libertad individual.

Jovellanos llevaba su amor al principio de la libertad á dos extremos, que la experiencia enseña que son falsos.

Era Jovellanos de Asturias, y como asturiano, creía que en todas partes crecen los árboles y administran los Ayuntamientos, cuando precisamente ni lo uno ni lo otro es verdad.

Fundándose en lo primero, llegó á defender la venta de los montes públicos. Cuando se vé con qué codicia y con qué indiferencia se lanzan las hachas contra los añosos troncos, y se piensa en que esos colosos, testigos de tantos sucesos, son destrozados en un momento sin otro provecho que el de alumbrar por breves instantes la casa de humildes campesinos, ¿cómo es posible esperar que el interés indivi-

dual solo, pueda proponerse cumplir con todos los deberes del cultivo de los bosques?

Fundándose en lo segundo proponía la descentralización administrativa, y la autonomía de los Municipios. ¿Cómo se puede defender esto cuando se vé á muchos Municipios del Mediodía de España que, sin pagar á los maestros ni atender á otras necesidades apremiantes, se gastan el dinero en pensionar pintores ó en cosa por el estilo?

El programa de la ley agraria se ha cumplido en lo más fundamental de su pensamiento sobre todo en la desamortización civil y eclesiástica. Algunas de sus partes, sin embargo, han tenido poco desarrollo, como por ejemplo, la que se refiere á las vías de comunicación y á los canales.

Tampoco se ha cumplido lo que se refiere á la simplificación de la administración pública, que cada día se complica más y más, hasta el punto de amenazar á la vida del país. Las leyes y los reglamentos se hacen sin pensar en cómo los entenderán los secretarios de Ayuntamiento, que son los encargados de ejecutarlos.

Y tales son los males que esto produce, que el Sr. Silvela dijo que convendría formar un partido cuyo programa se redujera á estos extremos: limpiar á la administración pública de reglamentos, y á la política de caballeros de industria.

La crisis irlandesa sale de la región de las discusiones previas para entrar en el terreno de los hechos.

No se sabe positivamente á donde se vá, y sería muy aventurado augurar á dónde conduciría esta peregrinación á través de lo desconocido. Más es indudable que se camina y que no habrá más remedio que llegar hasta el fin.

Dos hechos hay que hacer constar: mister Gladstone ha prometido ante la Cámara de los Comunes presentar el 8 del próximo Agosto sus proyectos de reforma para Irlanda, y el remiendo del Gabinete se ha efectuado mediante la sustitución de Chamberlain y Crevelyan por Stanfeld y lord Dalhousie.

Mr. Etanfeld es un radical cuyo nombre tuvo alguna resonancia en el ministerio Palmerston. Susitución de lord de la Tesorería, vióse entonces gravemente comprometida á consecuencia de cierta, especie de complicidad con Mazzini, el infatigable conspirador, el incansable enemigo de todos los tronos. Después formó parte, aunque sin producir tanto ruido, del primer ministerio Gladstone. Respecto á lord Dalhousie es también un radical decidido y un partidario del *home rule*, cuyas opiniones están garantidas por el pasado. Por lo demás, son dos auxiliares activos y resueltos de la política gladstoniana.

Bien conocida es esta política, así como los motivos de la retirada de Chamberlain y Trevelyan. Los dos ministros dimisionarios desaparehan, no el restablecimiento del *home rule*, contra el que no tienen objeción razonable, que formular, sino la indemnización que se trata de dar á los *land-lords* (terratenientes).

Opinan estos señores, que Inglaterra hará un mal negocio indemnizando con dinero contante á los *land-lords* de la pérdida de los bienes que los abuelos de los actuales poseedores recibieron como concesión graciosa de la corona hace algunos siglos.

Estos bienes han sufrido suerte análoga á la de muchas otras propiedades; más bien que un valor serio constituyen una carga muy onerosa. ¡Tanto peor para los *land-lords*! Inglaterra no está obligada á aguantar el usufructo de las donaciones de Enrique VIII ó de Cromwell. El interés de la paz pública y las actuales condiciones del equilibrio del Reino Unido determinan la necesidad de establecer en Irlanda un gobierno interior y autónomo. Esta medida no tiene relación alguna con la venta de las tierras que el hecho consumado y el *boicottage* obligan á los *land-lords* á dejar en poder de los colonos.

Así razonan los radicales que no quieren cargar sobre los contribuyentes ingleses una indemnización cuantiosa en proyecho de una

clase de propietarios, cuyos antepasados, monopolizaron el privilegio y que quieren recabar prerrogativas injustificables.

Los conservadores están de acuerdo con los radicales, tanto sin duda por odio al *home rule* y apego á las antiguas tradiciones de opresión irlandesa, como por su cualidad de contribuyentes. De suerte que Mr. Gladstone se encuentra enfrente de una coalición, aun antes de haber expuesto ante el Parlamento sus planes de pacificación en Irlanda.

La situación es tirante. El reemplazo de MMr Chamberlain y Trevelyan, hecho con mucha resolución, evita una crisis ministerial. Más no están con esto orillados todos los inconvenientes. La batalla parlamentaria que se vá á trabar, amenaza al Reino Unido con terribles eventualidades.

Los periódicos belgas publican numerosos detalles sobre los hechos ocurridos en Bruselas, donde no ocurrieron en rigor más que algunos incidentes.

En el *meeting* anarquista fué de notar el discurso violento del anarquista Wismans, que pronunció las siguientes palabras:

«Los medios pacíficos son ineficaces para resolver la cuestión social; no hay otro medio que la revolución; ella solo puede dar lo que no pudo conquistar el obrero en 1789, es decir, la igualdad económica.»

Es verdad que los hechos de Charlevi y de Lieja, no han producido resultado aún, pero el efecto moral se ha logrado, y en breve el pueblo dictará su ley.

«La burguesía belga hará como los nobles de 1789 que resistían hasta la muerte; pero lo mismo que la nobleza de entonces, será vencida. Deberá apoyarse en el ejército, pero éste es lo mismo que un baston roto. Los soldados se declararán en breve contra ella, y harán causa común con los obreros.»

«El triunfo podrá ser asegurado con el concurso de los burgueses poco importantes; el día que comprendan que son explotados por la aristocracia del presupuesto, seremos dueños absolutos, pues ninguna fuerza humana podrá detenernos.»

Después del *meeting* se produjo un desorden que no tuvo importancia, durante el cual se verificaron algunas detenciones.

Se han adoptado disposiciones militares de gran importancia, que son garantía de orden.

La venta del periódico le *Pleupe* ha sido prohibida en la ciudad.

En la cuenca de Charleroi, la noche del sábado al domingo, fué relativamente tranquila, gracias á los cordones de tropas que rodean la población, pero no sucedió así, por desgracia, durante el día.

El sábado, á las doce de la mañana, una turba, procedente de Marchienne, llegó á la cervecería Bongard, guardada por los cazadores de á pié. Le hizo la acostumbrada intimación á la rendición, pero los huelguistas no se dispersaron. La tropa hizo fuego y hubo diez muertos y doce heridos. La caballería dispersó entonces á los amotinados. Las mujeres descubrieron desnudos sus pechos, pidiendo á los soldados que disparan contra ellas.

Restablecido el orden, los muertos fueron conducidos al cementerio y colocados al lado de las otras víctimas del anterior tumulto. Sólo algunos han podido ser identificados. Todos son jóvenes. Su vista produce espanto.

La ciudad de Charleroi estaba presa de la ansiedad más viva, pues á no ser por las numerosas tropas llegadas á tiempo, habría sido saqueada por los anarquistas.

Desde el domingo por la mañana, empezaron las operaciones: varios destacamentos procuraban dispersar las turbas de huelguistas. Durante todo el día hubo encuentros. Las tropas tenían orden de disparar sobre los grupos á la primera señal de resistencia. Ha habido varios muertos y numerosos heridos en diversos puntos donde se mueven los anarquistas, como Chatelineau, Châtelet, Farciennes, etc.

A fin de descansar las tropas, el burgo-

maestre ha llamado á los voluntarios para proteger la ciudad.

El general Van der Smissen está dispuesto á proceder con gran energía, y ha declarado que todos los ciudadanos tienen derecho á defenderse contra los incendiarios y los ladrones.

La población de Gonelies está preparada para defenderse con denuedo de los ataques de los anarquistas.

Los obreros de *Monceau sur Lambre*, que están dispuestos á trabajar, están armados y decididos á luchar con los huelguistas que se presenten.

Otros establecimientos siguen su ejemplo. En Roux ha habido 22 muertos y numerosos heridos.

Los empleados del telégrafo en Charleroi, se niegan á admitir los despachos que les parecen exagerados.

Las últimas noticias están contestes en afirmar, que las medidas enérgicas han producido saludable efecto.

Ha sido preso un socialista de Bruselas, M. Roch Splingan, abogado, en el momento que trataba de ponerse al frente de un grupo de huelguistas que ostentaban una bandera roja.

Se ha puesto á la venta en los escaparates de algunos libros parisienses los primeros ejemplares de un libro póstumo del poeta del siglo. Titúlase *Théâtre en liberté*, título que podemos traducir por el de *Teatro libre*, á juzgar por lo que de esa obra dicen los periódicos franceses.

Sabido es, que Victor Hugo ha dejado varios volúmenes terminados y muchos fragmentos que deben copilar sus testamentarios literarios, Vacquerie y Maurice. Según las indicaciones del maestro, todos los años debe ver la luz pública una obra, una obra sola. De este modo se calcula que se tendrá anualmente un libro nuevo de Victor Hugo, en lo que queda de este siglo.

Cumpliendo las prescripciones del testador, se acaba de publicar el *Teatro libre*. Hé aquí en qué términos se ocupa de este trabajo el cronista de la *Repubblica Française*, Mr. Gustave Isambert:

«Lo primero que llama la atención, dice, es que todas las piezas, estando fechadas, han debido sufrir transformaciones desde la época en que Mr. Vacquerie fué autorizado para leerlo (1856). Véase, además, la huella de uno de esos cambios sucesivos en una nota que indica como perteneciente al libro una comedia, *Margarita*, que ha ocupado un lugar al final de *Los cuatro vientos del espíritu*. No queda en todo el volumen más que una pieza anterior á 1856; *La selva mojada*, y ¡quién sabe si ésta no estaba destinada más bien á otra obra, cuyo título es todavía un enigma: *Los dramas de lo invisible*?

Si no es un drama, es por lo menos una comedia de lo invisible: las flores, los insectos, los pájaros, todas las voces de la naturaleza rivalizan en una charla alegre, tierna ó burlesca á los piés del grave Denarius, filisteo haziado de las mujeres, y en la actualidad enamorado de la naturaleza. Entre murmullos y silbidos, los comparsas maliciosos empujan á este Hipólito barrigudo sobre las huellas embriagadoras de la señorita Balminente, costurera que trabaja en su cuarto de la calle del Oso, en cuya fisonomía el ricachón cree reconocer á Diana ó á Psiquis. Una malicia del arroyo hablador, que obliga á Balminette á levantarse las faldas, acaba una conquista ya bastante adelantada.

Hay en todo esto bufonías propias de un gargantúa alegre, que parecen anunciar las canciones de las calles y de los bosques, pero que son de un giro más espontáneo porque el autor no hace ningún esfuerzo, y se adivina que ha debido divertirse á sí mismo de una manera prodigiosa escribiendo esto.

Las otras piezas se desarrollan en un medio menos quimérico. Inclínase uno á pensar que lo que más ha impulsado á Victor Hugo á mantenerse en las condiciones ineludibles de la

representación y á trabajar, según su propia expresión, por ese «teatro ideal que todo hombre tiene en la imaginación,» no es la dificultad de obtener la realización de los personajes por él soñados; ni la necesidad de vagabundear sin obstáculos á través del tiempo y del espacio, sino el fastidio de no hacer decir á sus personajes más que lo que pueden tener en el espíritu, según la verosimilitud, y de verse obligado á detener el torrente de sus discursos, según la exigencia de las situaciones, antes de que se haya agotado la maravillosa fecundidad de imágenes que rebosa de una fuente inagotable de lirismo.

Es verdad que sería difícil encontrar un artista para representar el papel del palomo que sale desde el principio de la comedia *¿Comerán?* que revolotea herido por un flechazo, cae, se reanima al ser frotado por una bruja con una hoja misteriosa, toma su vuelo, vuelve á pasar con gran rapidez, y cae de nuevo herido por otro proyectil.

El argumento, por otra parte, es extraño y uno queda durante algún tiempo sin adivinar donde quiere llevarle el poeta, siguiendo un camino tan poco frecuentado. Dos amantes han encontrado asilo en un convento privilegiado, en cuyo umbral muere el poder real. Allí se han casado; pero el odio del rey de Man los tiene sitiados, y en ese singular refugio no hay nada que temer. Todas las hierbas, todos los frutos que allí crecen son venenosos, y los amantes se verían condenados á morir de hambre, sin la compasión de un ladrón de profesión, llamado Airolo. El ladrón va en busca de las provisiones, lo hacen prisionero y va á ser ahorcado.

Entonces surge una situación de una gracia bufa arrebatadora y casi inagotable. El rey se hace decir la buena ventura por la bruja Zineb, quien, medio moribunda, le dice que ha de morir el mismo día que el primer hombre á quien vea pasar con las manos atadas á las espaldas. Airolo pasa, amarrado y camino de la horca. El rey lo indulta, el bandido rechaza con insolencia. Mientras más le abruma el rey con favores, más arrogante se hace el ladrón.

—Te hago príncipe. Vén.

—No. Hacedos ladrón.

—¿Así en crudo? No. Soy rey: esto basta...

El diálogo continúa por ese estilo, mientras el ladrón instintivamente explota la situación sin comprenderla bien. Enterado de todo por la indiscreción de un cortesano, entrégase á mil fantasías. Lleva á cabo ascensiones peligrosas, amenaza con suicidarse y ameniza sus desahogos melancólicos con familiaridades tan inoportunas que al rey se le acaba la paciencia y exclama: ¡que lo ahorquen!... Pero ¡vive Dios! pronto cambia de opinión, y esta explotación se hace cada día más y más odiosa:

«Si dices una palabra ¡oh rey! me mato»

—dice Airolo. Al fin el rey, perdiendo los estribos, habla de abdicar. Airolo recoge la promesa, y el pueblo lanza vivas estruendosos. Quiere el rey explicar su frase. Todo es en vano «Siempre se obliga á respetar su palabra á los reyes que se van. «Esa es la verdadera moraleja de esta comedia.»

Hasta aquí Isambert.

El libro contiene otras piezas. *La abuela*, *Ser amado*, *Los Mendigos*, *En los linderos del bosque* y *La Espada*.

Los bibliófilos están de enhorabuena. La publicación de una obra de Victor Hugo es siempre un grandioso acontecimiento.

RAGUER.

CUENTOS MADRILEÑOS

LAS MIL Y UNA MAÑANAS

Vine á estudiar. Desde mi aldea, y al través de las rosadas nubes de la fantasía, apareciárame Madrid como un lugar de delicias. Lo que yo había oído contar de la capital de España era cosa de encantamiento. Donde la riqueza, el genio y el poder brillaban rodeados de inmensos res-

plandores, no podía haber miseria, oscuridad ni abandono. No creía, sin embargo, que fuera la corte una Jauja; pero si una colmena de placeres con escasa mezcla de pesares.

No traía yo dinero para sostenerme en mi tierra de promisión. ¿Para qué? En busca de él iba, poniendo por intermediaria á la ciencia. Además, un villorrio nunca fué para el pobre fuente de ahorros. Y han de saber ustedes que cuando bajé del tren y coloqué mis plantas, entumecidas por el largo é incómodo viaje en un coche de tercera, en el suelo que pisa el rey, si no colgaba á mi hombro el zurrón del mendigo, me faltaba muy poco. Baste conocer, para apreciar mi estado precario, que durante el trayecto de veinticuatro horas estuve en ayunas. Sólo un compañero de vagón me dió á probar un jugoso cascote de naranja; no hay que decir que me supo á gloria.

Callaría tales pormenores, si no redundaran en honra de una persona que voy á presentaros. Era ésta una tía mía, hermana de mi madre y viuda de un empleado que murió de pena cuando un cambio de gobierno dejó cesante. Tal vez habrá alguien que se extrañe de este género de muerte. Con todo piense bien en que la enfermedad que mató á mi sensible tío es casi crónica en nuestro país, y de ella adolecen no pocas gentes que van al cementerio sin causa conocida.

Mi tía Adelaida había podido resistir tal golpe, gracias á los consuelos de su hija, mi prima Rosa. Allá por el pueblo natal corrían voces de que la viuda y la huérfana no habían quedado en su desgracia completamente desamparadas. Algunos que las visitaron vieron su casa alhajada, si no con lujo, al menos no exenta de esmero. Gozaban, pues, mis dos parientes de fama de personas desahogadas.

Luego se verá cuánto se equivoca el mundo en sus juicios.

Es el caso que andaba el cura del lugar atormentándose siempre los oídos con estas palabras: «¡Es una lástima que no estudies, Pedro! En cortos meses te me has aprendido la *Gramática latina* de Araujo y la *Historia de España*. Ya tú ves, á pesar de mis años, que no son pocos, todavía no sé ninguna de las dos cosas. Escribe á tu tía la de Madrid y exponle tus deseos. Si es preciso, y comprendo que no estará de más, apoyaré tus pretensiones. Dentro del sobre en que envíes tu carta meteré una esquelita mía. Y si, como espero, contesta favorablemente, puedes ya darte por hombre importante. Aquí lo más á que podías aspirar era á monaguillo, y eso echando todo el peso de mi influencia.»

Fuera halago del amor propio ó efectiva é imparcial certeza de mi valer, ello es que no me hice de rogar y cumplí puntualmente lo que me exhortaba á verificar aquel buen sacerdote. Mi tía accedió á mi demanda con cariño. Y como yo no tenía padres á quienes pedir consejo me permití una mañana alegre de primavera ir al anden del ferro-carril, tomé billete para Madrid, costeado, como es consiguiente, por el párroco; y á otro día, casi á la misma hora en que salí por primera vez de mi nido, tocaba á la campanilla de casa de mi tía Adelaida.

Ella y Rosita me aguardaban desde temprano. —¿Cómo se parece á su madre! exclamaba la viuda tiernamente conmovida.

Su hija no hacía más que mirarme en silencio. Es verdad que yo apenas hablaba. Debí de parecerle un primo bien soso.

La habitación que me habían preparado era una monería. Una aseadísima cama formada con dos colchones sabiamente mullidos, con sus correspondientes almohadas, sábanas y colcha, se alineaba sobre sus parrillas de hierro, á un lado, pegada á la pared del fondo. Para mis libros habíase dispuesto una mesita pintada de caoba, y tan reluciente barniz, que parecía recién comprada. Enfrente abría sus anchos postigos una ventana, por donde entrábase el cielo,

tanta era la luz que derramaba en el cuarto. Lo restante del mobiliario lo constituían cuatro sillas de rejilla, un armario para ropa, un palanganero, un espejo y un sillón de cuero y muelles, blando y profundo, como convidando á un mismo tiempo á la comodidad y al estudio.

Estaba loco de contento.

No seré hipócrita; lo declararé. Lo que me gustó no fué tanto la casa de mi tía ni el aseo y esmero con que se me hospedó en ella, sino mi prima.

Era ésta una muchacha que no llegaba á los veinte. Morena, alta, esculturalmente robusta, de ojos negros cubiertos de sombrosas cejas, de serio aspecto y compuestos ademanes, imponía respeto al par que admiración amorosa. Las palabras no salían de sus labios, artísticamente arqueados, impregnados de esa superficialidad tan propia de las mujeres. No es esto decir que carecieran de gracia, antes tenían un no sé qué de dulce, de misterioso, de penetrante, que, hiriendo la mente primero, embargaba al fin el corazón.

A tener más edad, se la hubiera tomado por una matrona.

Después de todo, una mujer así podía sólo apoderarse de mi imaginación, voluble en sus giros como mariposa.

Ya no tengo que revelar que la súbita pasión que sentí por mi prima fué un caso fulminante. No tuve otro pensamiento que ella. Cuando hojeaba los libros, no veía las letras, sino mi amada; no oía más frases que las suyas. Pasábame las horas embobado en este ejercicio, soñando despierto, mirando sin ver la veleta de una torre que se erguía no lejos de la ventana.

Varias veces intenté hablar á Rosa, conjesar le mi loco afecto. Pero nunca su madre la dejaba sola conmigo. No era cosa, como ustedes comprenden, de decir en público, y de un tirón, el secreto más hondo de mi alma.

Nada estudiaba de día; de noche apenas pegaba los ojos. Las frescas y luminosas mañanas de Abril me encontraban siempre con los párpados abiertos, víctima del más pertinaz insomnio.

En estas primeras horas del alba en que el más suave ruido se percibe, la casa estaba silenciosa, parecía dormida. Sin embargo yo distinguía el seguro paso, mal disimulado por la precaución más cariñosa, de mi prima, así como su tosecilla matinal, medio ahogada, que le producía la frialdad del aire matutino, y el trágico primordial del menaje diario.

Por las rendijas de la puerta la contemplaba con ojos de fuego, yendo y viniendo por los pasillos, trayendo palanganas, llevando pucheros, ó recogiendo aquí ó allá ropas y enseres, poniendo en cualquiera de estas faenas un sello de diligencia encantadora.

Vestíame á prisa y lanzábame de mi habitación.

—¿Y Rosa? preguntaba á mi tía.

—Ha salido.

—¿Tan temprano?

—Volverá pronto.

—¿Cómo! si acabará de marcharse.....

—Si es cuestión de una hora.

—¿Y yo que pensaba que fuéramos de paseo al Retiro!

—Otra mañana será.

Cuando regresaba mi prima, interrogábale poco más ó menos del mismo modo.

Ella siempre contestaba como su madre á mis deseos de acompañarla por el campo:

—Otra mañana será.

Al cabo me convencí que jamás llegaba la prometida mañana. Era aquello un cuento de las *Mil y una noches*, en sentido inverso. Ya con una excusa, ya con otra, mi prima conseguía calmar aparentemente mis impacencias. Luego los pretextos que me exponía estaban tan bien fundados, que no admitían réplica.

Entretanto me consumía entre congojas de muerte. Cada día, cada hora, cada instante que transcurría hacíame aquella mujer más adorada. El momento, sin embargo, de la declaración de mis sufrimientos no llegaba, y era preciso terminar de un modo ó de otro con situación tan insostenible.

Un día seguí á Rosa.

Vila entrar en suntuosa casa, casi un palacio. «¿Qué iría á hacer allí?» me pregunté temblando, al mismo tiempo por la respuesta infame, que á mi pesar ponían en mis pensamientos los celos.

La portera, con quien hablé, no hizo otra cosa que aumentar mis terribles sospechas.

—¿A dónde vá esa señorita? la dije.

—Pues..... á casa del conde.

—¿Qué conde?

—Un señor viudo, muy rico.

—¿Y ¿viene mucho?

—Todos los días.

No comprendía tamaña iniquidad. Menos acertaba á explicarme que mi tía Adelaida consentiera en una deshonra tan manifiesta. Mucho se me habían ponderado las maldades de Madrid, las escondidas desvergüenzas que encubre bajo su manto dorado; pero no creí que fueran tantas ni tan espantosas.

Esperé á mi prima á la puerta.

Cuando bajó, y la tuve delante, eché de menos la hoja de un puñal.

Ya no recuerdo lo que la dije; mas debió de ser verdaderamente cruel.

Rosa, con sus hermosos ojos humedecidos por el llanto, se limitó á replicarme.

—¡Ingrato.....! ¡Si supieras!

—¡Habla! pero no me des nuevas excusas, porque no las creo.

Repuesta algo de mi bárbaro lenguaje, más tranquila y con acento que tocaba las fibras de mi corazón, como si las apretara entre sus dedos, me dijo:

—Lo has querido, y lo sabrás. No vengo aquí á lo que malamente piensas. Si hubieras meditado sobre nuestra posición, advertirías que somos pobres; que no comeríamos si no trabajáramos.... El conde tiene dos niñas. Yo las doy lecciones.... Soy institutriz.

Por poco no caigo de rodillas á sus pies. No obstante que estábamos en la calle, le tomé una mano y se la comí á besos.

—¡Loco!—murmuró ella dulcemente.

En sus miradas ví un relámpago de cariño. Me había comprendido. Sabía que la amaba. Ya, para mí, habían acabado las penas todas.

—Y ahora—la pregunté—¿quieres que demos una vuelta por el Retiro?

Nada me contestó, sino que sonriendo, se puso en marcha hacia el lugar indicado.

Ya el sol comenzaba á dorar la hojarasca superior de los árboles, como si quisiera poner los cascos de luz para recibirnos. En las ramas se balanceaban pajarillos cantores. El estanque estaba sereno y azul, como el cielo. Era todo una sonrisa de dicha.

¿Cuántas veces he recordado con gozo aquella mañana! No sé si fué la *Mil y una*, después que conocí á mi prima. Lo que sí puedo asegurar es que en ella viví todo un siglo.

UN VIAJE Á RUSIA EN VERANO

Hace sesenta años el viaje de cualquiera de las provincias de la monarquía á la capital, era uno de esos acontecimientos que forman época en la familia, hasta el punto de ser la fecha que servía de base para todos los cálculos del tiempo en que habían tenido lugar los sucesos posteriores.

Arreglábanse todos los asuntos antes de comenzar el viaje, desde la conciencia hasta la cuenta más insignificante, y no era superfluo este trabajo, pues á más del largo tiempo que en jornadas tras jornadas se desperdiciaba,

no era extraño uno de aquellos encuentros con partidas de bandoleros, de que hoy hablan aún todos los viajes que sobre España se escriben en el extranjero, y que gracias á la Guardia civil ya no tienen ejemplo en los caminos de nuestro país desde hace muchos años.

Hechos ya los preparativos y despedidas de los amigos y deudos, se buscaba uno de aquellos coches llamados de colleras, montados sobre sopandas en que con cuatro ó seis, entre malos jacos y mulos, porque era de rigor que no fueran todos de la misma clase, con un mayoral bebedor y dicharachero que hacía el viaje al paso, sin caminar más que las horas de sol y cuidando de dar un descanso en medio del día á su cabalgadura, parando en un mal mesón en que solo moscas se encontraban y en que se carecía hasta del alimento, si no se llevaba ántes preparado, en que era cosa indispensable el famoso maletón, así llamado, no porque en él cupiesen como en los mundos modernos, cuanto el hombre necesita para un prolongado viaje, sino á causa de sus dimensiones, necesarias para encerrar la cama y colchones del viajero, todo lo cual era atado como el resto del voluminoso equipaje con sendas sogas en la enorme zaga.

Cuando se recuerda este modo de viajar, y se oyen las quejas que exhalan hoy nuestros viajeros que en pocas horas atraviesan el espacio, para que antes era necesario meses y sufrir todas las incomodidades que ya quedan sólo relegadas á los que viajan por el interior del África, se dan gracias al cielo de haber nacido en esta época, aun cuando tengamos el cáncer que corroe á las sociedades modernas y nos falten los grandes recursos que los retrógrados ven en la organización de las antiguas.

Pues bien; antes en España pocos salían de sus provincias para venir á Madrid, y hoy pocos españoles acomodados dejan de visitar á Paris como si fuera un arrabal de las poblaciones en que viven. No en balde los inventos modernos han acortado las distancias, no sólo abreviando el tiempo, sino poniendo al alcance de todas las fortunas los medios de transporte, hasta el punto de que sea más económico para el jornalero tomar un billete de tercera que hacer á pie el mismo trayecto.

Mas como la curiosidad y como el genio del hombre son insaciables, lo que antes era motivo de consideración y admiración para muchos, es hoy insignificante y baladí, trayendo por consecuencia este gusano roedor de la curiosidad y la facilidad de la locomoción de los viajes á Francia, los viajes á Suiza é Italia, y más tarde á Alemania, Hungría, Polonia y Rusia, comarcas por los españoles menos visitadas.

Crean algunos que á Rusia no se puede ir en verano, como no se debe visitar la Andalucía en invierno; pero es la verdad que aquel gran pueblo tiene sus encantos para el viajero en el verano, sin sufrir ninguno de los inconvenientes que el hacerlo en invierno proporciona en particular para los habitantes del Mediodía.

Viajar por Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, es, con cortas excepciones, ver las mismas poblaciones, parecidas costumbres é igual civilización: viajar por Rusia es encontrar otro orden de edificación, otras costumbres, otra civilización; y conviene en estos tiempos en que se quieren poner en moda ciertas cosas, suponiendo que á ellas deben algunos pueblos su estabilidad y su grandeza, que se examinen las cosas y los hombres bajo un punto de vista filosófico, sacando de ellos sus verdaderas consecuencias.

La Rusia es un país desconocido para la generalidad de los viajeros; y las más veces es inútil que el hombre recorra las comarcas, admire los edificios y examine los habitantes, si al hacerlo lleva un criterio, por decirlo así, preconcebido; fenómeno que explica cómo tantos extranjeros notables han viajado por nuestro país, y escrito sobre él, estampando bajo su firma tantos y tan notables absurdos.

A Rusia se la ve siempre por el prisma de la opresión y de la barbarie; y es inútil que á sus siervos se les dé libertad, que su nobleza

sea hoy [quizás la más ilustrada de Europa, y que sus monarcas, conociendo las verdaderas necesidades de su pueblo, lo ilustran para la nueva vida social, que protejan su industria y amen las artes; la Europa no ve á la Rusia más que oprimiendo á la Polonia y alzando el knout contra los esclavos.

No diremos que la represión no se haya llevado más allá de lo necesario en Polonia, y que no haya habido señores que abusen de sus siervos; pero esto no basta para juzgar un país.

Por regla general, los que van á Rusia, emprenden el viaje desde París por Colonia, visitando su magnífica catedral y el gran puente del Rhin, dirigiéndose después por la orilla izquierda de este río, contemplando sus bellezas y sus antiguos castillos, dejando atrás las históricas poblaciones de Coblenza y Maguncia, y los bien cultivados campos de Alemania, y bien pronto se llega á Berlín; no sin haber admirado los grandes esfuerzos que la mano del hombre hace para convertir en frondosos pinares sus alrededores, útil ensayo que no debía pasar desapercibido entre los españoles, para hacer desaparecer la aridez y fealdad de los terrenos que circundan á Madrid.

No es nuestro propósito, ni puede serlo, atendidos los estrechos límites que necesariamente ha de tener este trabajo, hacer una descripción minuciosa de la capital de la Prusia engrandecida, y del nuevo imperio alemán; pero es de todo punto imposible dejar de admirar sus museos y bibliotecas, la regularidad de sus calles y plazas, la multitud de sus estatuas y la facilidad de visitar todos sus monumentos, que forma notable contraste con lo que pasa en nuestro país, en donde para todo se necesitan papeletas. No quisiéramos pesar esta ocasión sin relatar al lector hasta dónde hay facilidad en Prusia para visitar sus curiosidades. Entre los palacios que hay en Postdam, sitio real cerca de Berlín, a cual más bellos y magníficos, hay una residencia habitual del rey, que se llama Babelsberg. Para visitarla basta con llegarse al portero y pedirle el permiso de hacerlo. Negábase ésta á permitirlo so pretexto de que el rey estaba allí, cuando uno de los ayudantes del monarca se presentó á los viajeros y les dijo, después de reprender severamente al dependiente, que el rey tenía mucho gusto en que vieran su casa toda, y llevó hasta tal punto su galantería, que cuando á los viajeros sólo faltaba por ver el cuarto en que trabajaba, el rey el gran monarca dejó sus ocupaciones, y trasladándose á otro, permitió á los visitantes pasar por aquel despacho, en donde acaso se estaba preparando en aquel momento la paz ó la guerra del mundo, pues tal es hoy la influencia de la Prusia en la balanza europea.

Quizás en otra ocasión nos ocuparemos más detalladamente de un país que sorprendió á la Europa y á sus grandes políticos hace seis años, pero su apreciación minuciosa nos separaría de nuestro propósito de hoy, de hablar exclusivamente de la Rusia y de la Rusia en verano.

Se sale de Berlín por la noche, y atravesando las estaciones de Francfort sobre el Oder, Cronberg y Koenigsberg, se llega á Eydkuhnen, aldea fronteriza de Rusia, en que está situada la aduana. Esta aldea, primera muestra de lo que son las pequeñas poblaciones en Rusia, es de madera y de aspecto miserable y sucio. Sus habitantes ya tienen el traje de los campesinos rusos, consistente en una gorra redonda con visera, camisa colorada de algodón, que llevan á manera de blusa, pantalones anchos de paño azul metidos en enormes botas y á veces un largo levitón agabanado de paño azul, que les llega hasta los tobillos. En invierno esta gran levita está forrada de piel, lo mismo que el gorro.

La aduana es muy escrupulosa con el viajero, en particular con los libros ó impresos; pero una vez franqueado este baluarte fiscal, los registros en Rusia son muy someros.

Desde la frontera los coches del ferro-carril son también distintos de los que se usan en los demás países, pues consisten en dos grandes compartimientos en las extremidades del ca-

rruaje, á que se entra por un corredor, á derecha é izquierda del cual hay gabinetes para cuatro personas, y un cuarto, de que se carece por completo en nuestros ferro-carriles.

Después de la visita de la aduana, é interin se organiza el tren que ha de conducir al viajero á San Petersburgo, se entra en una especie de restaurant, ó de sala de espera, en que están confundidas todas las clases, y en donde por una gran casualidad, el fondista, antiguo servidor de una gran señora de España, habla nuestro idioma, descubrimiento bien necesario para un extranjero, que habiendo oído decir que con el francés se va á todas partes, se encuentra grandemente sorprendido al ver que los empleados del camino de hierro apenas lo entienden, y si hablan algo á más de su idioma, es el alemán, á cuya frontera se aproximan.

De Eydkuhnen á San Petersburgo sólo una población notable se atraviesa, que es Vilna, por lo demás el viaje es monótono, pues los campos son llanos, por lo general cubiertos de verdura, alternando con enormes pinares y alguna que otra aldea semejante á la que hemos descrito al hablar de la frontera. Así se pasa todo un día, llegando por la tarde á San Petersburgo.

EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

CRÓNICA CIENTÍFICA

EL LABORATORIO DE MR. PASTEUR

En las últimas crónicas hemos dado á conocer á nuestros lectores los más recientes trabajos que el ilustre microbiólogo ha tenido que practicar para poder resolver el problema de la vacunación antirábica, y hoy vamos á describir, muy á la ligera, el modesto templo que hoy se halla consagrado á rendir culto á la ciencia, el que muy pronto será convertido en soberbia catedral, si por algún motivo no quedan en proyecto los propósitos de Europa y los Estados Unidos.

El método empleado actualmente es muy diferente al que sirvió á Pasteur para sus experimentos. Ante todo era preciso descubrir el agente virulento, el que después de detenidos ensayos se halló en el bulbo raquídeo de los animales rabiosos; es decir, en la parte refleja de la médula espinal que se halla comprendida dentro del cráneo. Después necesitaba conocerse el mejor medio de transmisión de un animal á otro, del virus rábico por medio de este agente, y Pasteur, á fuerza de multiplicar los experimentos, pudo hallarle, merced á la introducción de un poco de bulbo de perro rabioso en el cráneo de otro animal sano, por medio de la trepanación, bastando para ello una pequeñísima abertura y una imperceptible cantidad de sustancia. A los siete días, el segundo animal muere con el cortejo de los síntomas de la hidrofobia.

Hechos experimentos análogos en conejos, dieron los mismos resultados que en los perros, pudiendo transmitir la rabia de uno á otro en series diferentes.

Hoy se sirve Mr. Pasteur en su laboratorio del virus cultivado de esta manera.

El laboratorio se halla establecido en una modesta casa de la calle de Ulm, situada en el desierto barrio de Pont-Royal. La preparación del virus se hace en un subterráneo que está en constante semioscuridad.

Hay diferentes mesas sobre las que están colocadas varias jaulas de hilo de alambre divididas en departamentos, dentro de cada uno de los que hay un conejo destinado á sufrir la rabia, para de ellos extraer el virus rábico. Desde hace tres años no se ha interrumpido la serie de conejos en este estado, para conseguir lo cual es preciso que cada uno que muere de rabia sirva para inocular á un vecino.

Pasando revista una por una á todas las jaulas, se ve en ellas conejos en diferente estado. Unos completamente bien, otros guarecidos en un rincón y algunos agonizando. Estos últimos presentan caracteres muy espe-

ciales: se les vé con los miembros rígidos, respirando aún, pero sin movimiento alguno. Mueren por la rabia paralítica.

Tan luego como muere uno de estos, se hace la trepanación del cráneo de otro sano, y por la abertura se introduce el virus de aquel que ha quedado en la médula, y á los siete días este último muere con los mismos síntomas que el otro conejo. Hay necesidad de sacrificar todos los días muchos animales para tener siempre disponible una gran cantidad de virus.

Con este primer elemento se procede á preparar el virus para las inoculaciones, lo que se hace en una habitación pequeña, en una mesa colocada delante de la ventana, sobre la que hay diez copas de cristal cerradas con hojas de papel unidas por etiquetas. Basta hora y media para preparar estas diez copas.

Al lado opuesto á la ventana hay colocada otra mesa, sobre la que están puestos unos grandes frascos de boca muy ancha, destinados á conservar las médulas del conejo cortadas en pequeños pedazos, luego de bien secas y limpias. Las médulas frescas son de una virulencia extremada: á los cuatro ó cinco días han perdido en gran parte su actividad, al décimo conservan muy poca y á los diez es sumamente débil. De este modo conservadas las médulas, se puede disponer de un virus de actividad determinada, según se quiera.

El líquido para las inyecciones que se dan á las personas, cuya rabia quiere precaverse, se prepara del siguiente modo. Con sumo cuidado se extrae de uno de los frascos una médula, conservándola suspendida por los hilos que la sujetan al tapón; se coloca al alcance de la mano una lámpara de alcohol encendida, y se pasa rápidamente por la llama la médula, para destruir los gérmenes que han podido depositarse en su superficie. Se toman unas tijeras, y después de esterilizados también, corta dos ó tres pedacitos de aquella, que sean próximamente de medio centímetro, los que son todavía seccionados en trocitos más pequeños, que se dejan caer en una de las copas de cristal. En la mesa hay colocados en globos de cristal del menor tamaño, cerrados á la lámpara, llenos de caldo esterilizado, es decir, desprovistos de todo género vivo; merced á la alta temperatura á que previamente se le ha expuesto. El operador rompe la extremidad de uno de estos globitos, y con una piqueta aspira un poco de líquido que introduce en la copa. El caldo sirve de vehículo al virus rábico. Con un disco de cristal se tritura la médula dentro del líquido y se hace una especie de emulsión que tiene color amarillento. Este es el líquido que se inyecta.

Para obtener el virus más virulento ó activo, se emplea una médula de conejo recién muerto, y para el más tenue, por el contrario, una de animal que haga algunos días, pero que no llegue á diez. Las diez copas de cristal que hay sobre la mesa, contiene cada una líquido de un día diferente.

Cuando una persona mordida por un animal rabioso quiere sujetarse al procedimiento profiláctico de Pasteur, se coloca de pié delante del operador, que se halla sentado, presentando uno de los brazos al descubierto; un ayudante agita la emulsión virulenta de la copa núm. 10 (el líquido más débil) y se llena una jeringuilla de Pravaz del modelo ordinario, que tiene capacidad de un centímetro cúbico. La inyección se hace como en todos los casos que tienen que darse inyecciones hipodérmicas; con la mano izquierda se sujeta el brazo y con la derecha se toma el instrumento y se introduce la aguja que, siendo muy fina, no produce apenas dolor alguno, comprimiendo el émbolo para que el líquido vaya á pasar debajo del dermis al tegido celular. No se inyecta toda la cantidad, sino la mitad ó dos terceras partes, según sean las condiciones del individuo, la edad, el sexo, el temperamento, etc.

El día siguiente se inyecta en el otro brazo el líquido de la copa núm. 9, y así sucesivamente, basta llegar al líquido más virulento

Durante los días que dura el tratamiento, no hay que tomar precaución alguna; no se presentan manifestaciones locales hasta las dos últimas inyecciones, que suele producirse una ligera hinchazón sin la menor consecuencia.

**

Todo en el laboratorio de Pasteur se hace pausada y metódicamente. Las médulas están numeradas: las copas llevan su número correspondiente, lo mismo que los frascos, las jaulas etc. Nunca se procede á preparar un líquido sin antes haber terminado otro y hechas las indicaciones necesarias. Se sabe allí muy bien que el menor descuido podría producir la muerte á alguna persona, y por eso se sigue un exagerado rigor en las diferentes manipulaciones que es necesario hacer.

Hoy hay todos los días diez series de personas en tratamiento, según los días en que han comenzado las inoculaciones. Las personas que las componen, son llamadas por el mismo Pasteur, que toma nota exactamente de todas las operaciones, pasando después por manos del Dr. Grancher, su primer ayudante. De un día para otro, se renuevan las emulsiones.

..

La suscripción para el Instituto Pasteur, va dando unos resultados, que sus iniciadores estaban muy lejos de soñar. Hace cuatro días se elevaba á la suma de 450,000 francos, ó sea cerca de dos millones de reales, cantidad que si bien es corta todavía para el objeto á que se la destina, hace esperar unos resultados muy favorables, para que muy pronto veamos realizado el proyecto. El Instituto Pasteur será fundado por la gratitud pública, para el tratamiento profiláctico de la rabia, y para el estudio de los medios de evitar igualmente las enfermedades que por procedimientos análogos se puedan tratar, siendo la primera, una de las más terribles y que mayor número de víctimas produce en la infancia, la difteria.

Mientras que este feliz día llega, pasemos á examinar el estado en que se hallan los innumerables individuos mordidos por perros y lobos rabiosos, que hoy se hallan sujetos al procedimiento de la atenuación de los virus.

Todas las mañanas, á las once, acuden al laboratorio 60 personas. Hasta ahora han sido curadas unas 600 próximamente, de las que solamente dos han fallecido, la niña que llegó muy tarde en busca de los auxilios de la ciencia, de la que se ocupó Pasteur cuando leyó su informe á la Academia de Ciencias, y uno de los pastores rusos, mordido por un lobo que se encontraba igualmente en malísimo estado, por tener el cráneo perforado, efecto de la lucha que sostuvo con el animal.

Los compañeros de este último se encuentran completamente bien, y han salido ya para Rusia.

Entre las varias caravanas de personas mordidas que han llegado á París, hay una tan notable como la rusa, formada por italianos, á los que acompaña un médico que sirve de intérprete.

El Consejo municipal de París desea tomar una parte muy activa en la pública manifestación de entusiasmo con que el mundo civilizado ha acogido la idea del Instituto Pasteur.

En la sesión celebrada el 31 del pasado marzo, el individuo del Consejo, Sr. Robinet, propuso el que la ciudad pusiera á disposición del descubridor del método profiláctico de la rabia, un pabellón, que es propiedad de París, que se encuentra situado junto á la facultad de medicina en la calle Vanquelin.

Si el entusiasmo que en Europa ha despertado el descubrimiento de Pasteur no decae, muy pronto será un hecho el instituto contra la rabia.

DR. ALEJANDRO SETTIER

SUCESO HISTÓRICO

El 1.º de Febrero de 1394 el rey de Francia, Carlos VI, estuvo á pique de abrasarse vivo

en un baile. Ya desde el año anterior el rey padecía un horrible frenesí, que le hacía perder enteramente el uso de la razón. Esta funesta enfermedad comenzaba á desvanecerse, y los accesos del furor ya no eran tan frecuentes, cuando un nuevo incidente hizo volver al rey á sus anteriores recaídas.

Los médicos habían recomendado que se le procurasen todas las diversiones capaces de distraer su imaginación. Entonces se sentaba en medio del Carnaval, y mediando la circunstancia del casamiento de una de las damas de la reina, el día de las bodas hubo un festín espléndido, terminado por un baile de corte. Con esta ocasión se le ocurrió al rey ejecutar uno de aquellos disfraces caprichosos, que sólo se pueden atribuir á la grosería de aquel siglo, y entró en la sala de baile vestido de salvaje y conduciendo cinco señores disfrazados del mismo modo y encadenados unos con otros.

Antes que se presentase esta mascarada habían tenido cuidado de separar las luces; pero el duque de Orleans, que ignoraba esta orden, deseoso de examinar de cerca la construcción de los trajes, acercó una luz á uno de los salvajes. En el momento prendió la llama en los vestidos hechos de lienzo y bañados de pez, sobre la que se habían aplicado estopas; el fuego se comunicó rápidamente y la sala resonaba con los gritos de los enmascarados. Felizmente el rey se había retirado del baile y estaba hablando con la condesa de Berri, y se disponía á volver con su comparsa, cuando la duquesa, deteniéndole le dijo:

—¿A dónde queréis ir? Mirad que vuestros compañeros se queman; y con notable serenidad le ocultó con su capa.

Entretanto los cinco salvajes se quemaban vivos con sus vestidos pegados al cuerpo; los cuatro primeros, Hugo de Guissal, el conde de Joigny, Aymard de Poitiers y el bastardo de Fois murieron; Juan de Nantouillet, el quinto, más feliz que los otros, corrió á precipitarse en un tonel de agua.

El duque de Orleans en expiación de su imprudencia, fundó una capilla en los Celestinos, para que se ofreciese diariamente el santo sacrificio por los infelices quemados, y esta fundación ha subsistido hasta nuestros días.

Z.

EL REY ABSOLUTO**EL REY CONSTITUCIONAL**

(PARALELO)

I

Cuando Federico II de Prusia iba á edificar el Palacio de S. Ponci, junto á Potsdam, halló que un molino de viento que había en aquella colina le reducía mucho en la ejecución de su plan, y mandó á uno de sus pages preguntar al molinero cuanto pedía por él.

El molinero respondió que su familia poseía por largo tiempo aquel molino, donde el mismo había nacido y se había criado y que no le vendería. El rey mandó otras personas solicitarle el molino, ofreciendo á su vecino edificarle otro en mejor lugar, y darle además la cantidad de dinero que pidiese; pero el obstinado molinero persistió en su determinación de no vender la herencia de sus antepasados. Irritado el rey con una resistencia tan descortés, mandó llamar al molinero y le dijo muy enojado:—¿Por qué rehusas venderme el molino, sin embargo del ofrecimiento tan liberal que te he hecho? El molinero respondió repitiendo sus razones.—¿No sabes, añadió el rey muy airado, que yo puedo quitártelo sin darte un maravedí?—Si, señor—respondió el molinero,—sino fuera por la Sala de justicia en Berlin.—Federico pensó un poco, conoció la razón, despidió al molinero, sin hablar más sobre el asunto, y mudó el plan de sus jardines y el molino continuó en el mismo lugar.

Aun que la anécdota acabada de referir es familiar á los que han leído la historia de Federico el Grande, la hemos referido aquí como introducción á lo siguiente:

Hace algunos años que el dueño de dicho molino, biznieto del que rehusó venderlo á Federico, se hallaba tan adeudado que resolvió vender la posesión hereditaria que había estado en su familia por muchas generaciones, y pensando que el rey lo compraría, escribió á su majestad lo ocurrido entre Federico II y su bisabuelo, y exponiendo que las dificultades en que se hallaba por algunas pérdidas imprevistas le obligaban á vender el molino, y que creía como deber suyo ofrecérselo á S. M. primero que á otro alguno, en caso que quisiese aquella posesión tan contigua al palacio.

El rey escribió de propia mano la respuesta siguiente:

«Estimado vecino; yo no puedo permitir que vendas el molino; su posesión debe continuar en tu familia, mientras exista un individuo de ella, porque pertenece á la historia de Prusia. Siento mucho que la circunstancia que te obliga á disponer de la herencia de tus abuelos, y por tanto, te envío seis mil pesos para que te remedies, deseando que esta cantidad baste para que te desempeñes.

Considerame siempre tu más afecto vecino

Federico Guillermo.»

Aun existen hombres que llaman á los Guillemos de Prusia, «la familia de los tiranos,» y en cambio consideran á los Borbones como «mesócratas coronados.»

Y si lo primero era cierto, menos lo será lo segundo. Bastará para probarlo un ejemplo histórico, que tiene mucho parecido al rasgo del palacio de S. Ponci.

II

A la muerte de la primera mujer del rey don Alfonso XII de España, D.^a María Mercedes de Orleans, y poco antes de contraer nuevo matrimonio este monarca con D.^a María Cristina, convinieron los Borbones la construcción de un monumento que perpetuase la memoria de la malograda reina. Don Alfonso creyó que la mejor obra sería un templo cristiano, donde podrían guardarse sus cenizas y todos aceptaron el pensamiento, que como de un rey no podía darse mejor. Y pensando y al pronto su realización, porque esta obra importaba mucho al porvenir y riqueza de España.

Los arquitectos hicieron los planos; se buscaron los mejores canteros para traer las piedras; se habló á los mejores artistas para el decorado: se eligió al fin el sitio en que había de levantarse el templo: frente al patio del Real, entre la Armería y los viejos muros donde está la grotesca escultura de piedra de Santa María de la Almudena. Para realizar la obra había necesidad de derribar el frente de casas particulares que existían entre la Armería y la antigua Casa de Pages. Y como cuando un rey lo desea todos se precian en complacerle, se examinaron los edificios, se les dió orden á los dueños de que los mandasen deshabitar, se les tasó la propiedad á como quisieron pagárselos, y contra los que protestaron de semejante arbitrariedad, que constituyó un despojo se les amenazó con llevárselos á la cárcel.

Pero aun queda que consumir. Entre los vecinos que ocupaban las casas adquiridas, contra la voluntad de sus dueños, los había que vivían de industrias que habían establecido en aquellos locales de muy antigua fecha, y claro está que en cualquier país regido por leyes honradas, hubiesen recibido cada uno y todos los industriales que estaban en aquel caso una indemnización. Pero poco sirvió que algunos lo reclamasen, y que otros se negasen á desocupar la casa. El gobernador civil de Madrid mandó los operarios que con pico en mano dieron comienzo al derribo envolviendo entre los escombros el mobiliario y artefactos de aquellos honrados ciudadanos que así vieron atropellados sus derechos por los que más deber tenían en respetarlos.

Bastaron quince días para quedar limpios de escombros aquellos solares, sobre cuales comenzaron á construir el nuevo templo de Santa María de las Mercedes, para complacer los deseos del rey don Alfonso XII, y para arruinar, por este capricho, á un número considerable

rable de honrados industriales y atropellar la propiedad de aquellos ciudadanos que se negaron, en uso de perfecto derecho, a ceder sus fincas á ningún precio.

III

Esta es la historia del nuevo templo de Santa María de la Almudena.

Compare el lector todos los muchos que con él se relacionan, con la historia que nos ofrece el molino de viento que aun existe en Potsdam, y vea también la conducta seguida por los reyes del Palacio de S. Ponci y los de la Plaza de Oriente.

Nosotros no hemos de añadir un solo comentario.

Nos proponíamos escribir un paralelo y nada más.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

EL HIERRO

(Continuación)

Bajo el punto de vista químico se consideran tres zonas generales en todo horno de fundición, son estas: las de combustión, fusión y reducción que corresponden respectivamente á las partes de la cubeta llamadas cuba, vientre y tendadero.

En vez de Toberas, se utiliza en muchos hornos fuelles á propósito para hacer llegar el aire cual sucede en el distrito minero de Decazville, donde á la vez están perfeccionados por globos de palastro que regulan la corriente de aire, hallándose éste en estado caliente por lo que se produce una economía considerable de combustible.

Para el caldeamiento del aire existe en conjunto de aparatos tubulares; pero mejor el sistema regenerador de Siemens; con este aparato puede inyectarse el aire con una temperatura de 200 á 400 grados, y si los hornos se alimentan con cok basta de 50 á 180 metros cúbicos de aire por minuto.

Los hornos de Pastel, vienen á ser una modificación de los anteriores, pues sólo se diferencian en la disposición del crisol, así que tal semejanza nos evita entrar en su descripción.

Veamos como funcionan los hornos. Primeramente se calienta, para lo cual se deposita leña en el suelo, acto seguido se hace la carga de combustible que generalmente consiste en carbón de cok ó antracita elevándose casi al vientre de la cubeta, al mismo tiempo si hubiera fuelles se harían funcionar. Un poco antes por encima del combustible se dispondrán capas alternadas de la mena convenientemente dividida y de carbón. Así, dispuesto á medida que la temperatura se eleva y se inicia la fusión las capas van descendiendo poco á poco y comienza la teoría química, por consecuencia las sustancias extrañas que acompañan á la mena se van combinando del modo siguiente: la sílice á expensas de los fundentes se combina con las materias terrosas y los óxidos para formar la primera escoria; el hierro ya reducido se une al carbono (resultado de la combustión) y fundido se reúne en el centro de la labor mientras que la escoria flota; entre tanto se destapa el orificio que comunica con el crisol ó con los moldes y se lleva el hierro ya fundido ó bien aquel ó á éstos por medio de un canal preparado en la arena delante del horno.

La campaña de la fusión puede prolongarse indefinidamente siempre que á ella presidan circunstancias tan importantes como el buen capital, masas explotables en todo tiempo y abundancia de hornos para no interrumpirla.

El hierro obtenido por este procedimiento recibe el nombre de hierro bruto ó colado dando lugar en sus diferentes fases á las fundiciones tan utilizadas en las industrias y que se conocen con los nombres de fundición blanca, gris y negra, siendo esencialísimo su conocimiento.

Debido á este triple aspecto desde luego se comprende la imposibilidad de obtener el hierro químicamente puro, así que por lo regular

si bien se le ha limpiado de las materias que más pudieran perjudicarle, no obstante viene acompañado de cuerpos esenciales como son el carbono bajo la forma de grafito y la sílice y otros menos importantes como el azufre, fósforo y manganeso.

Algunos químicos han dado como supuesto que el azoe del aire formaba parte de las fundiciones, opinión hasta la fecha no admitida y á la que Cruner y Rammelsberg han combatido enérgicamente. Lo que si existe demostrado por Bunsen y Playfair es la presencia del amoniaco en los altos hornos de cuyos gases se obtienen la sal amoniaca en gran cantidad, pues sólo el horno de Alfreton en Inglaterra, recolecta al día 150 kilos de este producto. No existe menos probado el cianuro de potasa, pues según el químico Eck, el horno de Königshütte recolecta diariamente 17.750 kilos.

Otro material importante es la escoria, bajo el punto de vista cuantitativo es acaso el más importante de la fundición. Solidificada, se la emplea para la fabricación de piedra artificial, para el firme de carreteras, en la fabricación del vidrio de botella y en los preparados de aluminio. Es además un cuerpo de productos muy diferentes, pues se encuentran en ella ácido silícico, aluminio, cal, magnesia, manganeso y azufre.

La producción del hierro fundido es cada vez mayor desde que ha venido á sustituir á los materiales vegetales en las construcciones, calculándose toda la cantidad producida por las diferentes siderurgias del mundo en 15.000.000.000 que representa en valor total de 3.500.000.000 pesetas.

La última estadística distribuye toda la producción del modo siguiente:

Gran Bretaña.....	7.100.000.000	kilos.
Francia.....	1.381.000.000	"
Estados Unidos.....	4.000.000.000	"
Alemania.....	1.300.000.000	"
Bélgica.....	450.000.000	"
Austria-Ungria.....	334.000.000	"
Rusia.....	300.000.000	"
Suecia y Dinamarca.....	240.000.000	"
Italia.....	37.000.000	"
España.....	60.000.000	"

El hierro en estado de fundición alcanza ya las primeras aplicaciones después de moldeado, y según el objeto á que se aplique así varía el uso que de una ú otra fundición se haga. Por lo general la fundición blanca sólo se destina á la formación de columnas, á la preparación del acero y en todo lo que tenga que sufrir grandes roces y desgastes; la gris es la más utilizada, con ello se preparan los hierros forjados que expende el comercio y que pasan á la práctica con los nombres de flejes, llantas, palastros, varillas, alambres, barras, cuadrillos, hierros de escuadra de doble escuadra, de T, de doble T, zores de V invertida etcétera así como el destinado á las cañerías en la conducción del agua y del alumbrado; la negra por sus malas cualidades carece de ordinario de una aplicación inmediata.

Estas fundiciones se diferencian en cuanto al aspecto, composición y color circunstancias por la que sin dificultad pueden perfectamente distinguirse unas de otras; la blanca recibe este nombre por su color blanco argentífero, tiene estructura la mina y abunda más la sílice que el carbono por cuya razón se hace saltadiza é imposible de trabajarse con las herramientas ordinarias.

La gris es de composición más heterogénea, pues de diversos análisis practicados por Fresenius, Gartscherrie, Siegen y otros se hallado las siguientes sustancias, grafito, carbono, fósforo, azufre, sílice, manganeso, aluminio, cromo, vanadio, cobre, arsénico, antimonio, cobalto, níquel, señales de zinc, calcio, magnesia y titanio. Su grano es fino y homogéneo pudiéndose soldar consigo mismo y dejándose labrar por la lima y el martillo. La negra contiene un exceso de carbono, el grano es muy grueso y flojo y repartidos sin uniformidad alguna, bastante blanda é inútil para resistir choques y presiones carece de importancia industrial definida.

DANIEL RODRÍGUEZ.

(Se continuará).

PIANO Y VIOLIN

I

Pocos serán los escritores humorísticos que no hayan arrojado sobre el piano un ramo de punzantes ortigas, cortadas en el instrumento, para probar la falta de sensibilidad con que se le desprestigia, continúa invadiendo los dominios de la música, alentado por la protección de grandes artistas.

Rubinstein es uno de ellos; de su prodigiosa ejecución, contenida por los fueros del buen gusto, se aprovechan los pianos de elevado origen para darse tono. Si á Euterpe, musa de la armonía, se le ocurriera utilizar un piano de Erard, como escabel para sus divinos pies, de seguro que los pianistas lo tomaban á ofensa, pensando que tan artístico mueble es digno de que la sublime hija de Júpiter apoye en él un codo, cuando descansada la fina cabeza en el hueco de la mano, pierda su mirada divagadora por los azulados espacios del monte Parnaso, y abismo su mente en la región deleitosa de las inspiraciones musicales.

No obstante su inalterable seguridad, Rubinstein se pone serio cuando se acerca á un piano. Aquella enorme caja guarda en su seno maravillosas combinaciones rítmicas, que se escalonan desde el fragoroso rugido de la tempestad hasta el hábil lamento, siendo necesaria toda la maestría del ejecutante para que, revuelta en el torbellino de notas arrancadas con esfuerzo, no brote alguna inconveniencia, capaz de herir el delicado oído de los circunstantes.

Jamás se entrega Rubinstein al público que le escucha, á pesar de que en ese público esté en mayoría la mujer, susceptible de comprender las dificultades del armatoste sobre cuyo teclado pasea sus dedos adorables, mientras trascurren la adolescencia y la edad núbil. Los hombres, aparte de cuantos se dedican por deber profesional á desgastar el marfil de las teclas, ignoran las perfidias ocultas en la caja misteriosa.

La cabeza de Rubinstein tiene el aire de familia, peculiar á los grandes maestros clásicos de la pasada centuria; el rostro liso y la cabellera hacia atrás, para que la frente resalte soberana. Cuando toca, ya juguetea con ligero escaqueo, ya caigan acompasadas y enérgicas sus férreas manos, admira al concurso. Esta admiración basta á su gloria y á su provecho; no aspira á mayores triunfos, porque cómo ha de infiltrar en el alma del espectador los efluvios del sentimiento, si estará convencido de que no hay sentimiento posible cuando se atraviesa un piano entre el artista y el espectador.

Oyendo Enrique Heine á Paganini, los remordimientos de que suponía presa el corazón del gran violinista, tomaban la forma ante la mirada contemplativa del originalísimo escritor. Fantásticas visiones, como engendradas en un apocalipsis tremendo, le atormentaban, y del violin herido por el arco, surgían, sucediéndose, espantosas figuras que ofrecían la trágica historia del músico al asombro del evidente poeta; Extraña manera de sentir la influencia del arte, pero que demuestra cuán íntima es la relación que se establece entre el que interpreta y el que oye, á favor del magnetismo que los envuelve!

No pidáis esos efectos al piano, porque no los conseguiréis jamás.

Rubinstein, á semejanza de cuantosejecutantes le han precedido, forma parte de esta generación, y vendrán en pos de él; pone de manifiesto una gran verdad y una sensible desgracia: la superioridad del instrumentista, la inferioridad del instrumento. Exigid á este que os conmueva, que despierte con sus voces lo que duerme en lo recóndito del pecho, que amortigüe el anhelo que os agita, que halague el deseo que os embellece la vida; preparaos á abrir, para que reciba las acariciadoras auras de sus notas, la flor de poesía que crece con el jugo de vuestras lágrimas ó al calor de soñados ósculos; en vano lograréis satisfacer el ansia

que os devore, la aspiración á lo infinito, esencial á todo resultado artístico. Es una ingeniosa combinación el piano, placentera al oído, pero que nada tiene que ver con el alma, sea dicho con desagravio del prodigioso Liszt, del correcto Thalberg y del dulce y blando Chopin á quien se ha llamado el Rafael del piano.

Posible es que mi pluma acabe de manchar con una herejía la blancura del papel sobre que resbala. En tal caso, conste que no pretendo formar secta, alzándome contra el dogma musical, y que si me veo excomulgado por los pontífices de la verdadera iglesia, sufriré resignado los anatemas, por no alcanzar mis creencias artísticas hasta el punto de admitir el sentimiento del piano como un artículo de fé.

¿Tienes curiosidad, lectora amable, por saber lo que yo pensaba mientras Rubinstein se me imponía con su prodigiosa habilidad? Te lo diré en confianza, para que no te figures que odio á los pianos. Sé que nadie como tú es capaz de guardar un secreto, y espero que no participarás á los señores pianistas mis revelaciones, pues luego presumirían que hay contradicción entre los anteriores párrafos y los subsiguientes.

Abrumado por las magnificencias de Beethoven, Mozart, Haendel, Mendelssohn, Schumann y Chopin, picado de la estóica indiferencia con que el moldavo su enseñoreaba de flamante Erard, volví el recuerdo á la modesta sala donde en mejores tiempos pagaba yo con tesoros de ternura el afecto de una encantadora muchacha.

El largo cortinaje de muselina, la rameada alfombra de fieltro, la tinta clara del empapelado, armonizaban con la sillería de reps crema y el tapete del velador, cuajado de flores de lana en relieve. Varios grabados con áureas medias cañas adornaban los testeros, y sobre la marmórea tabla de la consola, los floreros y el péndulo recortaban el óvalo del espejo. En un ángulo se alzaba el sencillo piano vertical apoyado en aisladores de vidrio, cubierta la tapa con blanquísimo paño de crochet. A su lado había una papelera con grandes cuadernos de música, en frente un taburete giratorio, media docena de bujías color rosa se repartían en los dos candelabros laterales, con arandelas de labrado cristal, y, abierta sobre el atril, la romanza *Penso a te* mostraba los garapatos de la composición y las estrofas italianas, divididas al pié del pentágono por larga serie de guiones.

Ella cantaba y se acompañaba; un aficionado volvía las hojas, con ese aire de complaciente suficiencia que los caracteriza; varias señoras y caballeros escuchaban, *cum marcha* fatal de su mérito á través de la música, Sarasate trae á la memoria el escaqueo encantador, algo del génio nativo de la raza meridional, jugueteando con las dificultades del ritmo.

Comparad un sistema de filosofía alemana con un libro ameno en que el ingenio se tercula y revuelve brillante; la línea recta con las múltiples ondulaciones de la curva; la severidad del Norte con el tumultuoso júbilo del Mediodía; el poema en sonoras octavas reales con la composición cómica en que el vate agota los recursos de la metrificacón ligera; comparad el vino de mesa con el Champagne, el majestuoso discurso con la conversación chispeante la estatua marmórea con las primorosas malicias de la pintura de género, y después de haber perdonado la extravagancia de estos símiles, os acercaréis al objeto propuesto: a diferenciar al concertista de piano, que admira á sus públicos, con el concertista de violín, que los distrae y exalta.

Rubinstein es el domador que sujeta la fiera; Sarasate es como el gato que juega con su víctima, la trastea, la recoge, tira por el alto, envuelve y arrolla, dejándola pérfidamente un momento para caer sobre ella, con el arrojo gracioso de su incontestable superioridad. Recto, grave, inmóvil el busto, el uno maneja con fuerza las manos y los brazos, al paso que el otro mueve todo el cuerpo, sin descomponerse, para sacar de la pequeña caja que oprime contra una clavícula esa interminable serie desor-

prendentes efectos con que se apodera del auditorio.

En los pasmosos entretenimientos del violinista, entra también el cálculo que compone tantas sagaces combinaciones. Ha hecho un prolijo estudio del instrumento, estudio que le permite recorrer dominando una gran extensión y pararse en el límite oportuno. Si le salvara, decaería su habilidad en lo grotesco del sonido. Un gusto alambicado le impide ir más allá; pues también sobre el puente de un violín se alza el fatídico *Nomplus ultra*, que ponetérmino á las osadías del músico.

Sarasate no tiene rival conocido en la interpretación de los aires y piezas ligeras. Apurando sus variaciones, pasando de lo grave á lo agudo, de lo sencillo á lo complicado, de lo dulce á lo estridente; secundando la seguridad de sus manos con las inflexiones del torso; y coronando su romántica cabellera las actitudes del inspirado artista, cada pausa atrae una tempestad de aplausos, y es válvula por donde se escapa el comprimido entusiasmo de cuantos la escuchan.

No habéis oído á los grandes violinistas de otras épocas, de otros países; pero, sean diferentes en el género, disconformes en la inspiración; profundos ó graciosos, tristes ó alegres, persigan el dolor del alma por entre las cuerdas, ó vibren estas á los impulsos del arco retazón, oyendo á Sarasate, ya sabéis hasta dónde llega la expresión del violín y habéis escuchado los atrevimientos de los grandes ejecutantes.

¡El violín! Qué agradables tradiciones evoca; qué suaves penumbras se entreveen al mágico prestigio de su nombre, semejante al que producen los recuerdos de cuanto fué bello! El piano ha de ser moderno para encantar al auditorio; de materiales sólidos y pulidos, dispuestos en elegante arquitectónica, con brillos y reflejos que la patina del tiempo no ha fundido. El violón, por el contrario, amontona años y más años, que una cedula ó una firma adelantan. En lo recóndito de su máquina, donde el alma reside—pulimentándola al final con frases corteses ó entusiastas, según las impresiones recibidas. El último placeme era el mío, entrecortado, lleno de disimulo, expresando con lo que callaba el orgullo de un amante correspondido.

Aquellas horas de apasionado recato y dulce transporte no volverán; y como han desaparecido para siempre en el insondable abismo donde se sepultan los años de nuestra existencia, yo me complacía en evocarlas durante el brillante concierto que oí al célebre pianista.

Entré con la imaginación en la modesta sala desierta, clareada tan sólo por un rayo de luna, que, á través de los blancos arabescos cortinones, se esparcía umidamente por los muebles del estrado. El piano vertical estaba en su sitio, con el teclado descubierta y la banquetta delante. Las notas de la romanza se borraban ó aparecían como jugando al incierto fulgor del astro nocturno; y, sentado donde se sentaba ella, la que un azar prosaico de la vida arrebató á mi cariñoso culto; recostado sobre las teclas que se templaron al calor de sus pequeñas manos, quise escuchar en el silencio de la estancia el vibrante sonido que ya se había apagado, el timbre juvenil de la voz que no volveré á oír, la melodía del canto y los conceptos amorosos del verso, litografiados en el papel que sus ojos no mirarán jamás.

¡Piano de mi antigua adoración; altar en que contristado ofrecí el holocausto del recuerdo á su idolatrada imagen! Si tus luces ardieran, y sus dedos te animaran, y acompañado de tus metálicas sonoridades sobresaliera su acento, inundando mi lecho de regocijo con las delicias del *Penso a te*, cantado, sentido, lleno de insinuantes entonaciones a mi sólo dirigidas, ¡qué riente me parecería el cielo, qué grande el mundo, qué atractivo el vivir, qué buenos los hombres, qué angelicales las mujeres, y cuán reales las ilusiones!...

Acabado el concierto de Rubinstein, divagadora aún la fantasía, torné á mi hospedaje á tender el desasosegado cuerpo sobre el lecho

mezquino. En el recibimiento hay un piano vulgar, adquirido de lance, desafinado, implacable. Abierto á todo el que pasa, sujeto á todos los caprichos, á los desafueros del aturcido y á las torpezas de los cursis. No sé lo que sentí al verle; ignoro por qué veló un sanguineo arrebató la luz de mi razón; pero es lo cierto que me fui rápido á él, sacudiéndole un soberbio trastazo.

El inocente mueble tiritó largo rato de miedo y de dolor, agitando sus quejumbrosas fibras dentro de la negra envoltura que las guarda, y esta es la hora en que cuando me siento pasar cercano, se echa á temblar, como si esperara de mi injusticia nueva y extemporánea agresión.

II

Para dar una idea de la manera de Sarasate, hay que apelar al estilo barroco, con perdón sea dicho de los académicos mal humorados. Es cada concierto suyo original fábrica en que el capricho afecta ser ley, y la ornamentación conjunto de aparentes delirios. De cuando en cuando surge la línea clásica, la nota melódica, para borrarse bajo exuberante florescencia de rasgos atrevidos.

Si Rubinstein se dibuja en el recuerdo como el severo ejecutante, impasible ante las demostraciones del público, siguiéndola porque los violines tienen alma.—Guarnerius, Gramulo, Amati, Stradivarius autorizan la respetable antigüedad del cuerpo, cuyas heridas cubre hábil y caritativa restauración. ¡Qué larga serie de ayes lastimosos y bulliciosos gritos, de prolongados lamentos, entrecortadas frases gozosas, ya en lánguido lapso, ya en vivo movimiento, han brotado de tan breve y esbelto ser!

Después que le oí tocar al incomparable maestro aragonés, me arriesgué por el mar sin orillas de las divagaciones artísticas. Mientras la materia reposaba, el espíritu alerta coordinaba recuerdos de compositores y ejecutantes, reconstruyendo con ellos impresiones que pasarou, sitios que no estaban presentes, como los conciertos famosos en el Circo de Rivas y teatro de Apolo, donde la corte rinde pleito homenaje á los reyes del arte divino...

Cuando ya la luz vespertina se cierne por las pintadas vidrieras del Circo de Rivas, vidrieras semejantes á esos pañuelos de seda con que se adornan nuestras aldeanas, su tono dominante es el blanquecino, así como en el interior del teatro de Apolo, á media luz, cernida durante los conciertos, el tono es dorado por entensidad con que brilla el oro prososo de la ornamentación. Podría decirse que Rivas se entona á lo Guido Reni y Apolo á lo Perugino.

La magnífica cohorte de compositores, ofusca con los resplandores de su gloria. Bach, el maravilloso improvisador y profundo científico; Haydn, de fecunda rítmica y potencia creadora; el tierno, ordenado y sublime Mozart; el sombrío innovador Beethoven; Weber, con su originalidad fantaseadora; Rossini, manantial caudaloso del que fluye rico tesoro de armonías; Mendelssohn, Berlioz, Meyerbeer y otros, con el colosal revolucionario Wagner; todos estos nombres van unidos al de celebradas composiciones, en forma de sinfonías, poemas, marchas, overturas, minuetos, rondós, polonesas, impromptus y diversidad de caprichos, en las cuales halagan el oído, excitan el sentimiento y dan vuelos á la fantasía, el colorido, la delicadeza, lo majestuoso, lo clásico, lo osado, lo eternamente bello por su perenne esencia artística.

No sé por qué, acaso porque en el mar sin orillas de la divagación hay islotes de original estructura que atraen, obligando al espíritu á posarse detenidamente en ellos, se fijó mi memoria en una célebre oda sinfónica del malogrado Feliciano David, titulada *El Desierto*.

El conjunto que en ella resulta de la declamación, del canto y de la orquesta es original y sorprende, sirviendo los dos primeros elementos de poderosa ayuda al carácter descriptivo que la orquesta sola no podría definir con precisión.

La caravana entra en el desierto, rinde ho-

menaje á Alá en su canto religioso, marcha, es sorprendida por la tempestad, vuelve á caminar apenas renace la calma y acampa durante la noche. A los himnos nocturnos suceden la danza de las almas, la libertad en el desierto y la ilusión que produce la ausencia del sol. Sale este esplendoroso, se oye el canto del muezzin que llama á los creyentes á la oración, y la caravana emprende de nuevo su marcha, desapareciendo en la indefinida lontananza del desierto.

Magnífico asunto, desarrollado con sumo talento por el autor, quien logró dar á su obra ese color local tan en boga cuando los artistas franceses de la generación pasada interpretaron el Oriente en sus compromisos musicales, en sus cuadros y en sus libros. David, Fromentin y Gautier fueron los corifeos del artístico coro.

La monotonía con que se pinta el perpetuo zumbir del aire sobre las arenas interminables, como si tuviéramos un gran caracol de mar aplicado al oído, el ritmo con que se expresa la marcha de la caravana: la danza de las almeas, que el español conocedor de los cantos árabes puede apreciar completamente; la salida del sol, brillante trozo descriptivo que arrebató; y el extraño cuanto notable canto del muezzin, son pasajes salientes en las tres partes de que consta la oda.

Aun los recuerdos, por el dejo de su extraña originalidad; á la ejecución de esas obras tornan mis divagaciones; porque en ellas imperaba el violín, con majestad, hasta con tiranía irresistible.

Al instrumento popular en los llamados Países-Bajos, van unidos nombres gloriosos, como los de Vieuxtemps, Beriot y otros ilustres concertistas, que el aficionado venera... Creo percibir los rayos de su gloria... Evoco otras figuras, extranjeras y nacionales, que alcanzan aplauso universal... Dulce sopor se apodera de mí.

—¡Asesino!—exclamó incorporándome violentamente, al despertar sobresaltado.—¡Traidor enemigo de mi sosiego! ¡Cuán pronto espío la falta de haberte sepultado en las negruras del olvido.

(Ya comprenderá el lector discreto que se trata de un aventajado aprendiz de violín, que vive en la vecindad, y que todas las mañanas anuncia la aparición de la rosada aurora, destrozando el oído del prójimo con una serie de estridentes resonancias, arrancadas ásperamente al desentonado trasto en que aprende sus lecciones.)

F. MOJA BOLÍVAR.

LOS ESCAVOS EN MARRUECOS

Los periódicos de Tánger, Ceuta y Gibraltar anuncian casi diariamente nuevas ventas de esclavos que se llevan á cabo en el mismo Tánger, residencia de los representantes europeos.

En efecto, cualquiera que vaya á Marruecos no necesita vivir mucho tiempo en cualquier ciudad importante para presenciar una venta de esclavos. En este concepto, de nada han servido cuantas reclamaciones diplomáticas se han hecho. Y es lo más curioso del caso que, cuando no hay institución, ni ley, ni costumbre que no se encuentre en Marruecos en completo estado de desquiciamiento, todo cuanto atañe á la esclavitud se ha librado de la corrupción general, y casi puede decirse que en su género es una institución modelo.

En las ciudades de la costa hay cierto pudor para la venta de esclavos, y las subastas no se verifican absolutamente en público. Pero en las poblaciones del interior hay mercado de esclavos, como lo hay de carnes, de frutas, ó de tapices y armas.

A ellos acuden los mercaderes con su género, y los compradores á examinar á los esclavos y á hacerles andar, saltar, correr y desnudarse ni más ni menos que cual si fuesen mulas ó camellos. En la mayoría de los casos la venta se hacen en pública subasta y los

vendedores pregonan el precio á voz en grito: —«Diez, quince, veinte, treinta, cuarenta ó cincuenta duros—según la mercancía—en nombre del Profeta.»—No rodean de misterio alguno su negocio. El mercader trafica en un comercio que, á su juicio es legítimo, y que todos los musulmanes califican de necesario.

Los esclavos en Marruecos son negros ó cruzados de negro y blanco. Rara vez se ve un esclavo blanco, por más que al través de las enrejadas celdas de los harenes de Fez y Marruecos suelen verse algunos ojos que sin duda pertenecen á alguna huri de pelo rubio ó rojizo, traída de las lejanas tierras de Circasia ó Turquía. En cuanto á los esclavos cristianos no existen sino en la memoria de los moros viejos, desde que el tratado de 1814 hizo delito contra el derecho internacional el apresamiento de cualquier súbdito de las naciones de la cristiandad.

Los negros que forman la clase de esclavos en Marruecos proceden ya del mismo imperio, ya de la región indefinida que en todo el Norte de África se conoce con el nombre de «el Sudán», donde han sido comprados ó robados. Las caravanas van á esta región y se pasan traficando en ella dos ó tres años, al cabo de los cuales vuelven á Marruecos, trayendo entre las demás mercancías unos cuantos esclavos. Como es natural, prefieren á los niños por su mayor docilidad, y para conseguirlos recorren la mayor parte de las veces al robo. Cuando llega un año de hambre—suceso harto frecuente en aquel país—colocan dulces y pedazos de pan en los alrededores de cualquier aldea, y cuando los muchachos, habiendo encontrado un pedazo se ponen á buscar más y se alejan algo del pueblo, los secuestradores se arrojan sobre ellos y se los llevan.

La esclavitud, como institución, es en Marruecos radicalmente distinta de lo que era en América y en un país donde predomina la tiranía de un modo inconcebible resulta que los esclavos son la clase menos oprimida de todo el imperio.

En todos los países musulmicos, y especialmente en uno tan primitivo como Marruecos, no hay clases ni categorías jerárquicas hereditarias; todos son iguales ante el Islam. Así es que los esclavos siendo todos mahometanos, no se les considera como á perlas porque tienen la desgracia de ser esclavos ó de haber nacido de padres cautivos. Ser negro no es baldón social en Marruecos, como todavía lo es en América. El propio sultan, no obstante las gotas de sangre irlandesa que corren por sus venas, tiene más sangre negra que blanca, pues sabido es que el famoso Muley Ismail era hijo de una esclava negra. El primer personaje de Marruecos, el jerife de Wassan, descendiente del Profeta en línea recta, es mulato: su madre era una sirvienta negra de la casa de su padre.

Los esclavos negros logran con frecuencia honores y riquezas en un país donde todo depende del capricho del despota. Hasta hace poco, el cónsul de Marruecos en Gibraltar era un negro manumitido.

El bajá de Fez, El-Farachi, era esclavo del emperador Muley Abder Rahman, y aunque tenía fama de ser tan mal esclavo que no se encontró quien quisiera comprarle, resaltó gobernador tan notable, que sirvió á dos sultanes en el mismo cargo, suceso rarísimo en Marruecos.

Los esclavos son en Marruecos—como lo eran en Roma—uno de la «familia» de su señor. No se le maltrata, y si le tratan con crueldad, tiene derecho á pedir que le vendan á otro amo, estando prohibido al que lo maltrató el comprarlo otra vez. Además, cuando acaba las faenas que están á su cargo, tiene derecho á trabajar por su cuenta y á guardar lo que gane para rescatarse.

Las mujeres, á más de estos privilegios, tienen otro: toda esclava que pare un hijo de su señor queda *ipso facto* libre con su hijo.

Resulta, por lo tanto, el hecho curiosísimo de que mientras el aldeano vive en absoluto al capricho de sheik el habitante de la ciudad al del bajá, y todos al del emperador, sólo el es-

clavo goza de ciertas inmunidades y privilegios, que le colocan más al abrigo de la tiranía de sus señores.

Resulta también de lo expuesto, que en Marruecos sin leyes cristianas y sin reglamentos humanitarios que alivien legalmente la suerte del esclavo, ó dulcifiquen su condición por un patronato más benigno, la suerte de estos desgraciados es mejor que la que arrojaron por más de tres siglos en las posesiones europeas del Africa y América, dándonos esta enseñanza la afirmación, para nosotros bastante vergonzosa, de que los hijos de Mahoma tengan más humanidad para con sus esclavos que los cristianos tuvieron para los suyos, á pesar del precepto que les impone el Evangelio. Bien que si se estudia la dominación de Europa en sus colonias del Africa y la América, se verá con horror al mismo clero, especialmente á los padres jesuitas, ejercer el vergonzoso tráfico de la esclavitud, y emplear á los esclavos en los trabajos de las fincas rústicas que poseían, sometiendo á los rigores y castigos más tiránicos que los negreros más feroces han aplicado á sus desgraciadas víctimas.

Felizmente, el siglo actual ha terminado con la esclavitud en América; pero quedan aún algunos Estados que la sostienen, y lo mismo en Africa, siendo lo peor que se vea potente aún á las puertas de Europa, en el imperio de Marruecos.

Europa tiene el deber de impedir este vergonzoso hecho; si no le bastan sus medios diplomáticos, apele á los que le presten la fuerza de sus armas, que la humanidad reclama de consuno este sacrificio y los gobiernos europeos no pueden sustraer á este deber humanitario.

Nunca hemos visto á Inglaterra más grande que cuando formó la liga europea contra la esclavitud; y declaraba la guerra á los países que no entraban en ella.

La esclavitud es un borrón que mancha á todos los pueblos honrados.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

LOS ENEMIGOS DE LA VERDAD Y DE LA CIENCIA

Buscar la verdad, es identificarse con la ciencia, porque si es la luz de los principios la que ha de triunfar en la vida humana, es necesario tener opinión exacta de cada cosa, lo cual no se consigue sin seguir el camino de la convicción y del bien por medio de la ciencia misma.

Los elementos indispensables para llegar á alcanzar la verdad y poseerla, son la razón y el sentimiento, porque mediante esas facultades se establece en el espíritu la actividad, la fuerza bastante para multiplicar el conocimiento de las ideas, obteniendo como recompensa la satisfacción del esfuerzo en sí, que proporciona soluciones de lo que se buscaba; enseñanza, instrucción, sabiduría, es decir, ciencia.

Así como en la naturaleza humana, como tal naturaleza, existe la correspondencia de las partes del cuerpo entre sí, para que haya organización; también en el mundo de las ideas, para que se consolide la ciencia ha de haber arreglo, orden, composición, cuando de la verdad se trata: la verdad debe estar organizada.

Si para conseguir este resultado se aduce como fundamento la felicidad de la familia humana, pues que no otro móvil más elevado y grande puede guiar al espíritu, preguntamos: ¿es posible la dirección hacia ese soñado fin, sin que los hombres se conduzcan de manera tal que originariamente reconozcan la virtud como un deber y que como tal lo practiquen?

El dilema es irresistible. O se puede buscar la verdad y organizarla hasta llegar á la ciencia, sirviéndose de la virtud ó por medio del vicio. No hay discusión racional en el se-

gundo caso, porque aun admitiendo la relatividad entre lo moral é inmortal en ordeu á lo lícito ó ilícito de las acciones humanas, para la verdad sólo puede subsistir la moral como simbolo de la rectitud y del bien, bases de la virtud.

El comunismo del espíritu no hay que imaginarlo siquiera. La verdad se conquista en relación directa del esfuerzo, y del grado de desarrollo de ciertas cualidades personales útilmente empleadas. Que tiene un carácter filosófico y ansioso de conocimiento, se encuentra en mejores aptitudes para las luchas del espíritu que el indiferente y el escéptico. Los que logran mayor suma de triunfos, pueden y deben difundir las ventajas.

El deber de ser virtuoso en los que consiguen ser iluminados por la verdad, se extiende á enseñar los principios conquistados á aquellos que por espíritu de pereza ó por absoluta ignorancia, se mantienen en estado primitivo en relación con la cultura del entendimiento.

¿Pero el hábito de obrar bien por la bondad de los hechos y la conformidad con la razón natural independiente de los preceptos de la ley y de los dictados de la justicia, tiene lugar no en todos, siquiera en la mayoría de los seres racionales?

Consideremos al hombre en sociedad con sus semejantes, y no en el origen, no en sociedades embrionarias. Al hombre de nuestros días civilizado y culto, de pueblos constituidos, que se llaman libres, es al que analizaremos; y sabido es que no de otra manera que en el estado de sociedad podía propender á su bienestar y al adelanto colectivo de la especie.

Fué indispensable el gobierno, el gobierno que ha sido problema de los siglos y de todos los tiempos. Ensayó sistemas que armonizarán aspiraciones legítimas y fines comunes. De etapa en etapa ha llegado el hombre de nuestros días á la democracia como forma natural que condensa en una sola fuerza, todas las fuerzas sociales dominadas por el derecho.

Y bien: de un lado tenemos gobernantes y administradores; de otro gobernados y administrados. Expresión de la democracia es la República practicada en casi toda América y parte de Europa. Cimentáronse las ciencias sociales, fundadas en verdades deducidas de continuadas observaciones. La política, parte de ellas, encierra el dogma de la constitución de cada nacionalidad independiente. ¡Y sin embargo, qué poco hemos adelantado en bienestar colectivo!

El desenfreno de las pasiones, el desconocimiento de los deberes y la falta de observancia de la razón natural, ha hecho ilosoria la virtud en gobernantes y gobernados. El desequilibrio en cuanto á la dirección del conjunto de actos, cada día se acentúa más. Las señales del desastre son inminentes, como lo será también el descrédito de las instituciones republicanas.

¿A dónde vamos á parar?

Se ha procurado moderar instintos, contener excesos por medio de la sabiduría llevada á la ley escrita. Se han dictado reglamentos, creado un sistema penal y establecido notable diferencia entre la compensación á que se hace acreedor el que obra bien y el castigo de quien se conduce mal. Se han reconocido toda clase de derechos absolutos y franquicias inherentes á la cualidad de miembro de cada sociedad política ó civil. Y sin embargo de tanta acertada combinación, nada se organiza de modo permanente con un conjunto de verdades útiles, ni se practican actos de virtud como no sea por contada excepción.

La educación política de las masas no existe, ni siquiera la noción del deber en quienes estarían en realidad obligados á darla. Se imparten beneficios ilegítimamente reproductivos, porque responden al interés personal de quien los dispensa. Nunca llega á establecerse la legalidad común, porque siempre hay quien censure los medios empleados para cimentar un orden de cosas. Por todas partes se dice ha sido falseada la ley positiva, conculcados los

principios de moral y de justicia, hollados sagrados derechos.

Decididamente la verdad y la ciencia cuentan aún con sobrados enemigos.

Condensando puntos é ideas diríamos que forman en esa categoría:

Los que llamados á regir los destinos de un pueblo consideran de derecho propio lo que no lo es por su naturaleza, toda vez que en las democracias la autoridad se ejerce en virtud á un mandato y la investidura debe volver á su origen, es decir, á los mandatarios;

Los que en los altos puestos sociales impiden con cualquier género de influencia la genuina expresión del sufragio y de la voluntad popular siempre que sea requerida, como frecuentemente sucede en casi toda la América latina y ahora especialmente en las Repúblicas Argentina y Oriental;

Los que en cualquiera de los tres poderes colegisladores abusan de su respectiva posición faltando á los preceptos de leyes fundamentales y orgánicas, dando ocasión á escenas de vergüenza y de escándalo en desdoro del buen nombre de los países y en perjuicio del porvenir de la forma republicana, como actualmente sucede en las cámaras legislativas de Chile;

Los que usan el poder público como elemento propicio para especulaciones mercantiles propias, como sucede en Nicaragua,

Los que soñando con reformas inadecuadas por el tiempo y circunstancias prescinden de antecedentes históricos, hábitos, costumbres y desarrollo moral de los pueblos, dándoles en consecuencia instituciones que en vez de llevarlos á la unidad de pensamiento y acción y por lo tanto á lograr su bienestar, los conducen á su disolución y su ruina, como últimamente en Colombia;

Los ciudadanos que dotados de supina ignorancia se dejan llevar por el desborde de las pasiones, atendiendo al que más grita y menos razona, convirtiendo las vociferaciones y las violencias morales en elementos de discordia activa que al fin se resuelven en guerras fratricidas ó en asonadas peligrosas, porque no llegan á alcanzar ningún éxito permanente ni legítimo.

Y en una palabra, los que ya en el gobierno, en la tribuna, en la prensa, en la cátedra ó el libro, y aun en los actos meramente personales, demuestran no tienen formado su espíritu para la vida de la libertad ni de la razón y que no han alcanzado la educación que podía conducirlos á la virtud, ó que poseyendo el todo ó parte de esos preciosos bienes, no los enseñan ni difunden entre sus semejantes, porque las malas pasiones se oponen en mira de conseguir éxitos y ventajas particulares sacrificando el bienestar común.

Hay que convencerse: falta en los pueblos la idea de la templanza, de la fuerza, de la generosidad, de la grandeza de alma y demás virtudes, que en diversas formas son objeto de ciencia y estudio para operar el bien.

Al hablar de pueblos incluímos á gobernantes y gobernados, pues que todos se encuentran descaminados, fuera de la órbita de acertada y provechosa conducta.

Si amáramos las cosas cuyos intereses son inseparables de los nuestros y de cuya desgracia ó felicidad estamos persuadidos que depende nuestra felicidad ó nuestra desgracia; coadyuvaríamos todos al triunfo de la verdad por medio de la razón, de la moral y de la justicia, usando siempre temperamentos legales con moderación y prudencia, supliendo la ineficacia de las disposiciones positivas y la insuficiencia de cualidades en los semejantes con nuestra propia grandeza de alma y empleando acciones moralmente buenas con desinterés y altura de pensamiento.

Las democracias de nuestros días van renunciado de buen grado á su propia felicidad, mediante la inveterada introducción de todo género de abusos, rémoras para el triunfo del bien y para el afianzamiento de diversas formas de progresos.

Mientras que no haya verdadera seriedad en unos y en otros, conocimiento profundo de

esa filosofía de la vida que hará al hombre dichoso siéndolo su semejante, porque no debe haber satisfacción mayor que la de realizar el bien por el bien mismo; hasta que eso suceda, subsistirán enemigos de la verdad y de la ciencia, porque aun gozando el mundo de la plenitud de la última, de nada serviría en sus ramas de aplicaciones inmediatas á la sociedad, si no consigue en primer término que la vida humana se transforme á impulsos de la virtud y dominada por el bien y el saber para alcanzar la felicidad anhelada.

FRANCISCO DE LA FUENTE RUIZ.

GUIA DEL VIAGERO EN PARIS

RESTAURANTS

Paris es la alta escuela del arte culinario. Las mesas redondas no dan sino muy pobre idea de la perfección á que llega este arte; para verlo es preciso ir á los restaurants de primera clase. Pero esos refinamientos cuestan caro, y no es raro tener que pagar por un solo plato el mismo precio que por la mesa redonda de los primeros hoteles de provincia y del extranjero. Un gasto de 15 á 20 francos para una comida, sin vino, es cosa muy común en estos grandes establecimientos. Pero en cambio los paladares menos delicados pueden encontrar muy bien una comida de 2 á 3 francos.

Daremos luego los nombres de algunos de los mejores restaurants, sobre todo de los que están en los sitios más frecuentados: el Palais-Royal, los boulevares, etc. Los precios se indicarán con la mayor exactitud posible, pero naturalmente están sujetos á variación, lo mismo que los de los hoteles.

Debemos hacer observar que se come tan bien y más barato en ciertos restaurants retirados de las calles fashionables, lo mismo acaso que en los del Palais Royal y de los boulevares; esto se explica por la disminución del precio del alquiler de la casa.

El segundo almuerzo se hace generalmente entre diez y una, y no se encuentra comida antes de las cinco ni después de las ocho. Estas son las horas en que el parisien acostumbra hacer sus comidas principales. Lo mejor es no esperar mucho, y sentarse á la mesa entre cinco ó seis: de este modo se evita el gentío que llena á menudo los restaurants entre seis y siete.

En los restaurants á la carta, ó por lista, se pedirá el importe por escrito. Se paga al mozo ó á la «dama del mostrador», y se añade en los grandes restaurants, 25 ó 30 céntimos de propina: en los pequeños 15 ó 20: generalmente 5 céntimos por franco de gasto. Sin embargo, comiendo tres, no se necesita á lo sumo duplicar la comida de uno, pero no se dan menos de 15 céntimos. Si se quiere volver al restaurant, se tiene interés en que el mozo quede contento en este punto.

Restaurant á la carta.—Estos restaurants (véase más adelante) sirven raciones muy fuertes, de manera que un solo plato basta á menudo para satisfacer un estómago ordinario. Será, pues, oportuno ir siempre tres á comer, ó por lo menos dos, y se pedirá, por ejemplo, una ración de sopa para dos, ó dos raciones para tres y una sola ración de los platos todos que sigan. De este modo se tendrá un *menú* variado, sin cargar demasiado el estómago. Los verdaderos glotones rara vez comen solos.

La *carta* generalmente es un elegante librito de varias hojas, encuadrado en chagrin ó terciopelo, y ofrece siempre gran variedad de manjares. En las casas grandes, cualquier cosa que se escoja está uno seguro de que le servirán bien; pero en las pequeñas debe pedirse la *carta del día*, que es la única donde se puede uno fiar: lo que es muy suculento es dudoso. Si se le pregunta al mozo lo que hay empeará por nombrar los platos más caros.

Los entrecaldos (manteca, sachichón, aceitunas), que acostumbran servir sin que se pidan, entran en cuenta si se tocan, y aumentan singularmente el gasto.

El vino de mesa común, es rojo; se bebe

generalmente mezclado con agua, sobre todo en los restaurants pequeños. Los vinos buenos se beben naturalmente puros. Generalmente sirven una botella; pero si no se ha pedido más que media y no se bebe más, no se paga más que la mitad. Por precaución, en este caso, se le repite el mozo cuando sirve el vino, que no se ha pedido más que media botella.

Los restaurants á la carta, sobre todo los de los boulevares, tienen *gabinets particulares*, con entrada aparte, servicio especial, etcétera, que se destinan sobre todo á las citas de amor. Es bueno saber que los precios también son *particulares* y que los luses se funden y evaporan maravillosamente en estas comidas. Algunos de estos restaurants están abiertos por la noche, y los indicaremos á su tiempo.

También se puede comer en mesa redonda en los hoteles (generalmente entre cinco y seis) sin vivir en ellos; pero á veces es preciso encargar el cubierto por adelantado. Recomendamos especialmente las mesas del hotel de Louvre y del Gran Hotel.

Restaurants á precio fijo.—Los restaurants á precio fijo tienen de común con las mesas redondas que se puede tener una comida por un precio determinado, según la calidad y número de platos. Los manjares son por lo general buenos y las raciones suficientes; pero la elección es menor que en las demás casas. Precisamente porque su carta es reducida, y por consiguiente tiene menos pérdidas, los fondistas del Palais-Royal pueden dar sus almuerzos y comidas baratos, tanto que no se encuentran que lo sean más en las mismas condiciones.

En las casas de este género, á las horas de comida, le sirven á uno enseguida. El mozo que se encarga del servicio tiene cuidado, desde que se acaba con un plato, de tener el siguiente dispuesto. Así, pues, es uno dueño absoluto de prolongar ó abreviar su comida, de no tardar más que veinte minutos, ó de invertir una hora. Además se puede empezar á la hora que convenga. Estas son ventajas que no tienen las mesas redondas; pero en cambio, las personas que tienen mucho apetito pueden comer más en la mesa redonda.

Donde quiera que en el precio de la comida se incluye una botella de vino, en su lugar puede uno hacerse servir media botella de vino de mejor calidad. El almuerzo se compone en general de un entreeplato, dos platos de carne y un postre: la comida de sopa, tres platos á elección y un postre.

LA GIMNASTICA OFICIAL OBLIGATORIA

Todos los grandes ideales han tenido siempre grandes enemigos, por lo general de esos apegados á rancias costumbres, de esos que creen que el edificio social se derrumba en el momento en que se rompa esa acompasada monotonía, también enemiga irreconciliable del progreso en todas sus manifestaciones.

Estamos en el período de las luchas.

Las ideas modernas con todos sus adelantos, van poco á poco minando el terreno y se las ve asomar á la superficie con espléndida lozanía, mientras las antiguas, con sus carcomidos troncos, van desapareciendo por no encontrar sitio donde echar nuevas raíces.

Lenta es la transformación pero segura.

Parece que la naturaleza misma ha colocado entre cada una de sus capas geológicas algún nuevo germen que, cuanto más hondo se halla, mayores son sus virtudes; y estos gérmenes, en el trascurso de los tiempos, van apareciendo por turno y arrollando cuantos obstáculos encuentran á su paso por grandes que sean.

Cuando Dios formó al primer hombre, lo hizo á su imagen y semejanza: es decir, perfecto.

Si en el Paraiso no hubiesen existido árboles de fruta prohibida, no tendríamos que

ocuparnos ahora de esta cuestión, porque Adán y Eva se encontrarían hoy allí tan felices como el primer día de la creación; pero aquel árbol del pecado llegó á dar al mundo tan larga progenitura, y alguna de tan mala ralea, que parece que su mayor complacencia ha sido la de deshacer una obra tan perfecta como la que Dios hizo al formar de la nada á nuestro primer padre.

La primera imperfección del hombre fué la envidia, y esta sola bastó para traer después todas las demás.

En su principio, trabajó, y el trabajo pudo regenerarle algún tanto; pero más tarde quiso igualarse en omnipotencia á su mismo creador y este fué el segundo escalón de su desgracia.

La soberbia no le sirvió más que de constante rémora para sus ulteriores propósitos.

Cuantas mayores comodidades se fué proporcionando, más fué acortando su vida, hasta el extremo de que hoy apenas vive una tercera parte de lo que vivían sus antepasados.

De seguir esta marcha, á la vuelta de unos cuantos siglos la procreación sería poco menos que nula, porque perdido el hábito del trabajo, los músculos llegarían á atrofiarse por falta de nutrición, y el desarrollo que se llegara á adquirir sería tan negativo, que vendríamos á dar la razón al célebre naturalista Darwin en sus escarceos acerca del origen de las razas.

Tengamos, sin embargo, confianza en el porvenir; los hombres, como los pueblos, van reconociendo sus errores y procurando remediarlos en la medida de sus fuerzas.

A este fin se dirigen hoy los propósitos del gobierno, pues en este mes ha nombrado una comisión para que redacte los Reglamentos y Programas de la Escuela Central de Profesores y Profesoras de gimnástica, mandada crear por ley de 9 de Marzo de 1883, siendo ministro de Fomento el que lo es actualmente de Ultramar, Sr. D. Germán Gamazo.

A los señores D. Eugenio Montero Ríos y don Julián Calleja y Sánchez, que han acogido esta idea con el interés que se merece, corresponde ahora llevarla á cabo, coronando dignamente la obra comenzada por los señores don Manuel Becerra y D. Fernando de Gabriel, apadrinada por D. José Luis Alvareda, siendo ministro de Fomento y hecha ley por D. Germán Gamazo ocupando este mismo departamento.

La instalación de esta Escuela formará época en la Historia de España, pues á nadie se le ocultan los inmensos beneficios que está llamada á reportar, comenzando por las escuelas de instrucción primaria nuestra regeneración física y moral.

Para que pueda haber ciudadanos útiles á su patria, es preciso formar antes los hombres que han de ser tales ciudadanos.

De un cuerpo pobre y enfermizo son pocos los milagros que se pueden esperar, mientras que una naturaleza robusta se halla siempre dispuesta para todo.

El engrandecimiento y prosperidad de las naciones está en razón directa de su actividad física. Pero no se entienda esta actividad por la que se emplea en fabricar cañones y formar ejércitos, no; esa actividad agota los recursos del país, y le roba además los brazos necesarios para hacer fructificar la tierra.

La actividad humana debe emplearse en beneficio de la agricultura, las artes, la industria y el comercio, que son las cuatro grandes fuentes de riqueza.

Estas son las conquistas reales y positivas y las que dan verdadera gloria á las naciones; no las conquistas hechas á balazos contra nuestros semejantes, enrojando la tierra que nos sustenta y de cuyo seno sale un grito de maldición contra aquellos que trocan el azadón y el arado, que honran y ennoblecen al hombre, por el arma fratricida, que le denigra y envilece.

Paz y trabajo.

Este debe ser el lema de todos los hombres honrados que estimen en algo la cultura de su país, y este es el ideal que debemos perseguir,

llevándole á cabo por medio del perfeccionamiento físico de la raza humana.

J. S. GONZÁLEZ DE SOMOANO.

ESTADO

DE LA

CIENCIAS NATURALES

AL TERMINAR EL AÑO DE 1885 (1).

En pocos años la inteligencia humana ha desplegado tan grande actividad científica como en el año de 1885, y es que nada excita tanto á la observación y al estudio, como esas horribles catástrofes que llenan de luto á las naciones y ponen de relieve cuanto falta al hombre todavía para poderse proclamar, como en su orgullo se proclama hace siglos, el señor del Universo. Preténdese negar todavía por muchos, que tras de los hechos no ven deducciones y sí nebulosidades incomprensibles, que no es la necesidad la *lucha por la existencia*, el móvil de todas esas sublimes acciones que hacen de los hombres héroes y mártires, y que quitan escollos á la vida humana, brotando risueñas esperanzas y consoladora luz allí donde la ignorancia encontraba dudas y tinieblas: pero es lo cierto, que á toda catástrofe sigue brillante estela de descubrimientos, que tienden á evitar en lo futuro la mortífera acción de los elementos, á oponer con la ciencia un dique á las fuerzas naturales destructoras.

Los terremotos que asolaron las más ricas provincias españolas á fines de 1884 y principios de 1885, han sido campo de fructífero estudio y de discusiones amplias, cuyo resultado seguro será un paso en el conocimiento de las tremendas sacudidas de la vieja corteza terrestre, y un aviso para los gobiernos españoles, indicándoles la obligación en que se encuentran de rendir, en bien de los ciudadanos, justo tributo á los estudios sesmíticos.

El cólera ha diezmoado las más fértiles comarcas de la vieja Europa: ante su amenaza constante, ante los cuadros tristes que ofrecía á los hombres el desconsuelo de las familias, víctimas del cruel azote, ante el miedo de las naciones, puestas en tortura las más proclamas inteligencias, abiertas las arcas del tesoro público á los sabios médicos y naturalistas, no podía menos de resultar esa efervescencia científica admirable de que puede formarse idea por el sinnúmero de ensayos, observaciones y datos de todos géneros que aparecen en considerable número de publicaciones con que se ha enriquecido este año la ciencia médica.

Las ambiciones coloniales de algunos Estados fuertes, base magnífica de cultura que va disipando poco á poco la barbarie y haciendo tremolar el pabellón del progreso en las más apartadas regiones de nuestro planeta, ha despertado un pugilato de colonización, que adelanta la obra maravillosa de la ciencia, y permite prever el no lejano día en que todos los puntos del globo aporten al universal concurso de la civilización, por un lado los productos riquísimos del suelo, por otro los destellos sublimes de la inteligencia. Bien pueden los pequeños Estados vigilar este movimiento, que tiende á la absorción de los pueblos y á la absorción de las razas, porque pese á quien pese, la vida de las razas y de los pueblos es un continuo batallar, cuyo resultado ha de ser el imperio de la unidad en medio de la variedad infinita de accidentes sociales.

A todas esas luchas de carácter general que concurren á la obra común del progreso, hay que agregar las que tienen un carácter más particular, y á veces las de carácter individual que, siendo entre titanes, dan por resultado el predominio de un sistema ó de una teoría que abre nuevos senderos, por los cuales se precipita la generación naciente, ansiosa de innovaciones.

(1) Este trabajo sirve de prólogo á la utilísima publicación llevada á cabo por los doctores Sres. Buen y Castelló, titulada *Anuario Científico*: por la muestra puede apreciar el lector el interés y el valor de la obra.

Y no es pequeño el influjo de las escuelas en la marcha de la ciencia. En los albores de toda idea general, entáblase batalla enérgica entre lo pasado, que en la inmovilidad se escuda y con las tinieblas pretende tapar las impresiones del tiempo, y lo nuevo, que con vigor sin igual desea combatir á la luz del día en campo libre, para mostrar á las generaciones la carcoma del pasado, y arrebatarse de las garras de éste la ciencia y el arte, todas las manifestaciones de la inteligencia humana.

Luchas son estas que marcan la transición de la oscuridad á la luz, poco á poco predominante, como marcan las primeras tintas del crepúsculo matutino la lucha entre la noche y el día, entre las tinieblas que son causantes de la inmovilidad, y la luz del sol, á cuyo influjo todas las energías puestas en acción producen vital armonía de los seres.

Las ideas nuevas, como el sol de la mañana, animan cada vez más al campo en que tienden sus rayos y ascienden lentamente hacia el zenit, sin que les sea permitido eterna estancia en él; sujetas como todo á la ilimitada variabilidad, desde su predominio absoluto comienzan la marcha descendente de la tarde, como huyendo de un nuevo sol que comienza á enrojecer los confines opuestos del horizonte científico.

Sin estas luchas eternas, la ciencia no progresaría; sin esos entusiasmos por las ideas nuevas, tan vituperadas por los que se creen *sabios formales*, sería de todo punto imposible el progreso científico. Enhorabuena que la vejez pugne por batirse en retirada; pero séale lícito á la juventud pelear con entusiasmo por lo nuevo.

Hoy nos encontramos en una época de transición científica. La idea unitaria, aplicada á todas las manifestaciones de la inteligencia; el materialismo científico, que es el naturalismo llevado á su término dando á los conocimientos un saludable tinte positivista; la doctrina de la evolución transformista enlazando los eslabones de los seres en compacta cadena, y los sueltos eslabones de ciencias distintas en una sola ciencia, siendo el lazo común de todas las manifestaciones humanas, tanto en lo material como en las pretendidas funciones espirituales, han contribuido todos á disipar los cómodos dualismos, á hundir en las células de los cerebros débiles los excesos sobrenaturales y las concepciones teológicas.

Y á favor de estas ideas generales ha llegado á alcanzar la ciencia en nuestro tiempo el puesto inexpugnable que ocupa, y al cual no llegan los dardos dirigidos por los que sólo en la *santa ignorancia* pueden escudarse.

Las ciencias naturales, miradas antes bajo un grosero punto de vista utilitario, hoy son base firme en que descansa todo el edificio científico. Y no es posible formarse idea clara de lo que ha influido en ellas la unión de la filosofía á la observación y á la experiencia.

En la actualidad, la zoología, auxiliada por el microscopio, pretende llenar los huecos que en la filogenia de los animales quedaban, con el estudio de la embriogenia y dando su verdadera importancia á la anatomía y á la fisiología comparadas. La botánica tiende á lo mismo, valiéndose de la fitopaleontología, y produce trabajos tan importantes como los de Saporta y Marión, sobre la evolución de los vegetales.

La paleontología presta materiales sin cuento á la obra; diganlo si no los estudios de Gaudry sobre el encadenamiento de los animales fósiles y las magníficas publicaciones de Schimper, Grand Eury, Saporta etc., sobre los vegetales fósiles.

La geología, con el carácter sintético de sus experiencias á que tan gran impulso da Daubrec, con el auxilio del microscopio y de la luz polarizada, con el predominio de la doctrina de las *causas actuales*, con el incremento que las comisiones geológicas de todos los países le imprimen, y con las reuniones del Congreso Internacional geológico, ha constituido en poco tiempo un cuerpo de doctrina magnífico, y progresa á pasos agigantados.

La antropología y la prehistoria, por la senda de evolucionismo producen frutos innu-

merables y resuelven problemas de difícil resolución, á la par que aumentan el caudal de datos para completar la historia del hombre.

La astronomía se ha enriquecido con descubrimientos preciosos, y con la teoría de Faye ha disipado las dudas que la de Laplace había hecho renacer.

La química, por la senda del unitarismo en filosofía, con la síntesis de las sustancias orgánicas por norma y con los datos de la termoquímica por medio, en manos de Bertheloy y de otros ilustres químicos, ha tomado un impulso incalculable.

En la física, los progresos de la electricidad y de la mecánica son admirables y de ningún modo mejor pueden sintetizarse que recordando esos soles artificiales con que se iluminan las más populosas poblaciones, disipando las tinieblas de la noche, haciendo la vida en un continuo día; que examinando los progresos del teléfono y del fonógrafo, que viendo, merced á ella, unidos todos los pueblos por vínculos eternos, acortadas las distancias, multiplicado el trabajo, haciéndose más larga é instructiva la vida del hombre.

La población crece en progresión geométrica; la humanidad necesariamente tiene que ir civilizando el mundo para encontrar tierra sobre que fijar su planta. De aquí los viajes de exploración, que en este año han tenido por héroes á Capello e Ivens; pero no sólo hace falta suelo; es necesario que este suelo produzca la necesaria alimentación; la agricultura marcha á la par que todas las ciencias, y por un lado disminuye el trabajo con el progreso de la mecánica; por otro instruye al labrador, da á al agrónomo los estudios de geografía botánica que marcan la relación entre el suelo, el clima y la planta se libra de los excesos atmosféricos que prevee la meteorología, aprovecha el progreso de la zoología y la botánica, y surte al mercado de los productos animales y vegetales tan necesarios á la vida.

Todos los conocimientos hermanados, van trasformando poco á poco á la humanidad y poniéndola cada vez más cerca de ese ideal que la inteligencia vé allá en los confines de un horizonte sin límites, y que es más puro y más perfecto que el cielo del cristianismo, que los paraísos todos de todas las religiones positivas.

La ciencia no tiene patria, y todos, por tanto, disfrutamos las ventajas de su progreso; el individuo nace sobre un terruño, y aquel terruño dicen que constituye su patria; ¡esgracia grande si ésta permanece alejada, del máximo progreso actual! Esto nos sucede con España; las causas de nuestro atraso son bien conocidas. Sin embargo, la ciencia aquí va tomando vuelo, y se remontará, ¿quién lo duda? á la altura que le permiten sus poderosas alas, por encima de los Pirineos, que sin la locomotora y el telégrafo serían barreras, por encima de los mares que hoy franquea la electricidad y el vapor, y confundirá en estrecho abrazo las aspiraciones del pueblo español con las de esos otros pueblos que se llaman: República francesa, República de los Estados Unidos.

ODON DE BUEN.

LA FAMILIA

COMO CELULA SOCIAL (1).

(Conclusión)

De acuerdo con estos principios, ni el régimen de la comunidad absoluta, ni el de la absoluta separación, responden con exactitud á la naturaleza de la familia. Cada uno de los individuos que la componen puede y debe tener su propiedad particular, administrada en común ó separadamente; y, además, ella misma requiere un patrimonio especial con que cumplir sus propias necesidades, patrimonio que ha de subsistir en tanto que la familia subsista evitando así los graves males que nacen de la presente organización, en la cual la familia se disuelve con la muerte de uno de los cónyuges.

(1) Scháfle, obra y lugar citados.

Pero ¿qué bienes debe abarcar este patrimonio? ¿Debe ser ilimitado y mientras más cuantioso mejor? El Sr. Azcárate distingue las personas sociales según su fin, que ya es el económico, como en las sociedades anónimas, ya religioso, como en la Iglesia, ya pedagógico, como en la Universidad, etc., y añade:

«Unas y otras tienen propiedad, pero es ésta para las primeras fin, mientras que es para las segundas medio; así que sólo aquellas son sociedades productoras de riqueza, y, como esta es su misión, no tienen más límites en este respecto que los de la posibilidad humana; mientras que las otras, si dejara la la propiedad de ser medio, lo que sucedería era que vendría en daño del fin propio y peculiar, para cuyo cumplimiento han sido constituidas.»

«Una sociedad agrícola, industrial ó mercantil, se propone producir riqueza, sólo riqueza, y cuanto más haga en este camino, tanto más llena su misión social; pero una Iglesia, un Estado, una Universidad, se proponen el fomento de la Religión, la realización de la justicia y el cultivo de la ciencia, y sólo como medio para estos fines han menester de la propiedad, hasta tal punto que, si traspasan este límite, se desnaturalizan, haciéndose industriales, cosa que la sana razón condena, llegando á considerar como indigno en ellas lo que en las económicas es precisamente todo lo contrario.»

Ahora pregunto yo: ¿puede aplicarse esta doctrina á la familia? La propiedad, ¿es medio, ó fin para la familia? Si es medio, no debe tener más que la necesaria para cumplir sus fines; si es fin, puede tener toda la que se quiera, y cuanto más tenga, será mejor.

Con esta cuestión se relaciona la del fin de la familia. La familia es una sociedad total, se suele decir, que abarca la vida entera del individuo, y donde éste realiza todos sus fines. Pero, ¿cuál es su fin especial, como persona social que es? ¿O no tiene fin especial y realiza cualquiera de los fines del individuo? En este caso, habrá familias pedagógicas, familias religiosas, familias productoras de bienes económicos, y la propiedad será para ellas un medio ó fin, según la profesión á que se dediquen. Si se dedican á la profesión económica, la propiedad, como fin que es para ellas, será ilimitada; si se dedican á otra profesión, la propiedad, como medio, deberá circunscribirse á los fines.

Por el contrario, si, como á mí me parece más exacto, se admite que la familia tiene un fin especial y que las profesiones son cosa exclusiva de los individuos, es decir, que no hay familias pedagógicas, industriales ó religiosas, y que los pedagogos, industriales ó religiosos son los individuos, entonces tendremos que convenir en que la propiedad es siempre un medio para la familia, y, por tanto, que debe ser limitada y proporcionada á sus fines.

Esto es lo que sostiene el sociólogo alemán tantas veces citado en esta Memoria, al decir que «la necesidad absoluta del patrimonio familiar se extiende sólo á los bienes necesarios para las funciones específicas de la familia,» de donde deduce después que, todo lo que exceda de esta medida, podrá justificarse por razones de conveniencia y reputarse históricamente perfecto, pero no es necesario ni inmutable. «La propiedad familiar es eternamente necesario ó sagrada sólo en cuanto se extiende á la necesidad específica del fin propio de la familia.»

Todo lo demás lo considera Scháfle como medios de la función social de producción, que están hoy en manos de los individuos y de las familias por no haberse constituido aun en las sociedades el órgano llamado á desempeñar la función de la producción económica. A su entender, así como antiguamente, y hoy todavía en la monarquía hereditaria, las funciones políticas correspondían por derecho propio á ciertas familias, que gozaban de ellas como de una propiedad y se la transmitían por herencia confundiendo los fines propios de la familia con los del Estado, así la función económica y sus medios corresponden hoy á la familia y se con-

funden con los fines y los medios de ésta, hasta tanto que, constituido el órgano social adecuado, los llame á sí, como el Estado ha llamado á sí todas las funciones políticas y todos los medios que antes poseían en propiedad los individuos. La producción, según esto, es una especie de oficio enajenado, que la sociedad recuperará cuando tenga quien lo desempeñe en nombre é interés del todo; es una función social que la familia desempeña provisoriamente, pero de la cual se despojará cuando se organicen instituciones especiales para ella, como se ha despojado de otras al nacer las instituciones sociales para el derecho, el orden, la fuerza, el servicio religioso, la instrucción, etcétera.

Conviene, pues, distinguir siempre, entre la propiedad individual de los miembros que componen la familia, la verdadera propiedad doméstica y el capital social, esto es, los medios é instrumentos de producción económica que hoy se hallan en manos de los individuos y de las familias, pero que mañana pueden perderlos, si la marea socialista sube y el órgano social de producción se constituye; como quiere el colectivismo. Así, con esta distinción, nos evitaríamos caer en el comunismo, salvaríamos la propiedad individual y familiar en lo que tienen de eternamente necesarias y sagradas, sin contrariar las tendencias socialistas, cada vez más pronunciadas, de nuestra época.

Tales son, expuestas á la ligera, las consecuencias principales que se deducen de afirmar que la familia es la célula social. Ahora debería yo emprender el estudio de esta célula, investigando su formación y evolución, su anatomía, su fisiología, su psicología, su patología y su terapéutica. Pero ya he abusado bastante de vuestra atención, y dejo aquí esta Memoria en sus comienzos, sin desarrollar el tema que os propusisteis discutir en este curso.

JERÓNIMO VIDA

EL MOBILIARIO

El lujo de los trajes femeninos empieza, ó mejor dicho continúa alarmando seriamente á los moralistas; semejante al profeta Jeremías, se lamentan y no dejan de hacer siniestros augurios, á propósito de la decadencia definitiva de la sociedad actual.

Si el lujo en los trajes parece alarmante, ¿que diremos del que se usa en los muebles?... No hay un advenedizo enriquecido, que no quiera tener en su casa artísticamente tapicerías, lozas y muebles antiguos. El gusto por las antigüedades se halla en plena moda, y con tal que sea viejo un mueble, nada importan su fealdad y su forma primitiva; sin vacilar es preferido á cualquiera nuevo por elegante que sea.

Admiramos las obras maestras de la antigüedad y los objetos artísticos, pero no podemos comprender esa afición exagerada á las antiguallas.

Cuando no se consigue un mobiliario artístico, se busca uno que sea suntuoso, y ciertos advenedizos tienen tal pasión por los dorados y los colores chillones, que hacen de sus casas un muestrario insoportable á la vista.

Con el lujo de los muebles contrasta muchas veces la vulgaridad de las maneras: ¡cuántas personas ricas y vanidosas parecen fuera de su lugar en sus propias casas, como pájaros silvestres colocados en doradas jaulas! Si se contentaran con habitaciones confortables y armoniosas, sería otra cosa; pero prefieren un lujo ofensivo á los demás é incómodo para sí mismos, que difícilmente se acostumbran de un golpe al cambio de su existencia.

Las mujeres se habitúan á la riqueza mucho más pronto que los hombres: en poco tiempo se transforman hasta el punto de que no se las conoce: lo que prueba que el tacto es una cualidad esencialmente femenina, pero la vanidad pertenece igualmente á los dos sexos y los pone á ambos en ridículo.

UN CRIMEN CARITATIVO

Se atribuye el siguiente hecho á una princesa de Muhaut, condesa de Artois y de Borgoña, que murió hacia 1330, y que se ocupó constantemente de los pobres y mendigos con caritativa solicitud. Dotada de una sensibilidad exquisita, no podía ver sufrir á un desgraciado sin tratar de socorrerlo. Más de una vez comprometió su fortuna y se empeñó por distribuir limosna á los pobres, que de todas las poblaciones de Francia llegaban para tomar parte en sus liberalidades, y á ejemplo del buen rey Roberto, constantemente le seguían 600 ó 700 mendigos que ella alimentaba y vestía, y que la servían de escolta en todos sus viajes. Sucedió, pues, según el historiador Gullut, á quien tomamos estos pormenores, «que Dios se sirvió enviar una grande escasez en Borgoña, de tal manera que no se oían por las calles más que quejas y lamentaciones, y á los niños gritar: *yo me muero de hambre.*» El invierno era además en extremo rigoroso, y sucumbían al frío casi tantas víctimas como á la falta de alimento. Fácilmente se comprenderá cuánto aumentaría el acompañamiento de la princesa Muhaut con estas circunstancias. Más de mil mendigos la habían seguido á la villa de Chatellenut, donde voluntariamente residía, y allí, como en todas partes, la princesa hacía frente á sus necesidades. Pero cuando todos sus recursos se agotaron, cuando ella misma se vió falta de pan, cuando no le quedaba ni una moneda en sus cofres ni una joya en su tocador, después de verter abundantes lágrimas, hé aquí el medio que imaginó para no abandonar tanto desgraciado á su triste suerte.

Una noche los hizo encerrar en una de sus granjas, mandando que cerrasen las puertas con cuidado, y cuando calculó que todos dormirían, ordenó pegar fuego á la granja, lo cual se ejecutó tan puntualmente, que no se escapó con vida ni uno solo. Esto dice el historiador. Lo que no dice es si la princesa Muhaut llevó tras de sí en lo sucesivo, después de esta hazaña, aquella escolta de mendigos tan numerosa que antes la acompañaba.

EL MENOR DE TRES PECADOS

Patricio era un monge santo; la fama de sus virtudes se extendía diez leguas á la redonda; por desgracia estaba muy atormentado por las tentaciones del diablo, empeñado en empujarle á cometer un pecado; pero el santo había alejado todos los malos pensamientos, á fuerza de rezos y disciplinas.

Por fin el espíritu del mal le tentó de nuevo. «Hagamos un contrato, le dijo al monge, que redundará todo entero en favor vuestro; consentid en cometer un solo pecado mortal y prometo dejaros tranquilo el resto de vuestros días; soy un buen diablo y os doy á elegir entre emborracharos, matar alguno ó tomaros libertades con la mujer del prójimo. Para librarme de tus persecuciones cometeré el menor de los tres pecados, dijo el santo, me emborracharé; con esta falta no perjudicaré al prójimo, después de haberla cometido me apresuraré á hacer penitencia y tú no vendrás á tentarme más en mi rezo. El contrato quedó concluido.

Vino la noche, Patricio cogió una botella de vino y empezó á beber, primero con repugnancia; poco á poco fué haciendo efecto en su cerebro y alternando sus sentidos, sintiéndose acometido de una porción de pensamientos y deseos que no se le habían ocurrido hasta entonces. «Era bien sandio, se dijo, en privarme de los bienes del Señor, que nos ha dado este vino para alegrarnos, cómo conforta y qué pena tengo de encontrarme sin compañía que participara de este placer!»

En este momento entró una mujer, que venía á pedirle el socorro de sus oraciones, excitando Patricio por el vino, se levantó, la echó los brazos al cuello y la besó: la mujer indignada dió gritos, á ellos vino el marido

que, precipitándose sobre el monge le derribó; éste encontró por desgracia al caer un palo, con el cual dió un golpe á la cabeza del marido y le dejó muerto. Hé aquí cómo el pobre monge, que no quería cometer más que un pecado mortal, cometió tres, una vez puesto en la pendiente.

A.

EL TRAJE Y EL ADORNO

También se remonta á los tiempos más atrasados de la historia el origen de los perfumes. Todos los pueblos del mundo han destilado las flores para recoger y condensar sus aromas; en esto no se han hecho grandes progresos; el ámbar, casi abandonado hoy, era el olor predilecto en los siglos XVI y XVII, en que ya se formulaban quejas por el abuso que se hacía de los perfumes, prefiriendo los más enérgicos, poco á poco ha ido variando el gusto y adoptándose aromas que no irriten el sistema nervioso, ni impresionen con exceso el olfato, teniendo sólo por objeto espacir una sensación suave y agradable. El arte del perfumista, que se limitaba antes á asociar los perfumes á las materias grasas, á fabricar algunas pastillas y perfumar algunas telas, ha sufrido una completa transformación. Las necesidades del lujo han aumentado el número de estos productos y el perfumista, que ahora necesita ser químico no vulgar, extiende sus trabajos desde los cosméticos, los aceites y pomadas olorosas, las cremas, las pastas, los elixires y los dentríficos, hasta las tinturas aromáticas, los vinagres, los jabones, las almohadillas y los pulverizadores de esencias.

Para formar una idea de la importancia que ha llegado á adquirir este comercio, bastará decir que un sólo laboratorio de perfumería de París emplea al año 5.000 kilogramos de corteza de naranja; 20.000 de flores de acacia; 25.000 de flores de violeta; 10.000 de tuberosas, 8.000 de lilas, y cantidades equivalentes de menta, labanda, etc.

La proposición de los perfumes contenidos en las flores es totalmente débil, que si se tratara de aislarla y purificarla completamente, su precio excedería al de todas las materias conocidas, y tratando de ciertas flores, un gramo de perfumes costaría miles de duros. Se ve, pues, cuán difícil es la profesión de perfumista, habiendo de conciliar con la baratura la abundancia de la producción. A competencia con los perfumistas trabajan los charlatanes de los tiempos más antiguos; los inventores de las aguas maravillosas para hacer eterno el aspecto de la juventud, para hacer permanente el pelo, conservar su brillantez é impedir que encanezca; para volver al blanco del color que se quiere; para disfrazar en fin, como una pintura al pastel, por medio del polvo de arroz, del carmín y de pastas de toda especie, aspirando á disimular los ultrajes de la edad y fingir una juventud pasada, sin detenerse á investigar si aquellas sustancias encierran ácidos corrosivos que quemén el cutis y pueden ejercer influencias desastrosas en la salud.

L.

CURACIÓN DE LA RABIA

En la sesión celebrada por la Academia de Ciencias de París el día primero del corriente Marzo, el Sr. Pasteur dió cuenta de los resultados que ha obtenido en los individuos, en los que ha empleado su método para curar la rabia, leyendo una extensa Memoria, cuyos párrafos más importantes vamos á transcribir:

«El 26 de Octubre último he dado á conocer á la Academia, dice el sabio Pasteur, un método para prevenir la rabia después de la mordedura, y los detalles del procedimiento empleado en un joven alsaciano, José Meister, mordido gravemente el 4 de Julio último. El perro estaba evidentemente rabioso, y según han manifestado las autoridades de aquel país, se confirmó plenamente este estado. La salud

del niño es en la actualidad perfecta. La mordedura se remonta á ocho meses.

En la época en que yo leía aquella nota, 26 de Octubre, tenía en tratamiento á un pastor llamado Jupitte, mordido de un modo tan grave, ó más que Meister. La salud de aquel no deja tampoco nada que desear.

Tan pronto fueron conocidos estos felices resultados, gran número de personas mordidas reclamaron el mismo tratamiento, y esta misma mañana (la Memoria estaba escrita el día 26) hemos comenzado el doctor Grancher y yo, las inoculaciones preventivas del enfermo que hace el 350 de los que llevo curados.

Mi laboratorio se halla consagrado desde hace cinco años al estudio de la rabia, en cuyo tiempo he podido observar un número crecidísimo de enfermos mordidos.

Durante todo el tiempo que la rabia ha sido considerada como incurable, se procuraba alejar del espíritu de los infelices mordidos por un perro rabioso, hasta el nombre mismo de la enfermedad, diciéndoseles que el testimonio del médico que les visitaba ó del veterinario que reconocía al animal, asegurasen que si que padecía la enfermedad, con objeto de hacerle desaparecer el temor que se consideraba como una de las causas que más influían en su desarrollo, aunque sin resultado alguno, puesto que no pasaban muchos días sin que los síntomas se manifestaran.

Con el fin de convencer á los que tal prevención tenían contra mi procedimiento, he tenido la precaución de hacer estadísticas exactas, y exigir certificados que aseguraran padecía la rabia el enfermo, del que me encargaba, extendidos por los veterinarios y autoridades de las comarcas de donde procedieran y no he querido tratar persona alguna en la que no se cumplieran tales requisitos.

Quisiera dar aquí una idea bastante exacta de la fisonomía del tratamiento y de la naturaleza de las mordeduras, citándolas por su orden cronológico y por series de las personas sujetas al tratamiento. Pero como sería un trabajo muy pesado por tratarse de 350 casos, elegiré entre los 100 primeros que se refieren al período que media entre el 1.º de Noviembre y 15 de Diciembre.

Tienen estos gran interés, por hallarse todos completamente fuera de peligro.

Si abro mi registro en el capítulo de este primer centenar, encuentro en un intervalo de diez días, la variedad en edades, condiciones, temperamentos, profesiones, etc., que todos han sido curados.»

Presenta el Sr. Pasteur á continuación un detallado estado de esta primera serie de 25 enfermos, entre las que hay algunos casos tan interesantes como el siguiente:

«Juan Losada, de 36 años de edad, habita en Lassa (Bajos Pirineos). Mordido el 25 de Octubre de 1885, no llegó á mi laboratorio hasta el 21 de Noviembre ó sea veintisiete días después de la mordedura.

El día que fué mordido, siete cerdos y dos vacas lo fueron también por el mismo perro. Los nueve animales murieron de la rabia; los cerdos después de un período de incubación de quince días á tres semanas. Después de la muerte de éstos, fué cuando Losda decidió trasladarse á París. La primera vaca murió á los treinta y cuatro días, y la segunda á los cincuenta y cinco de haber sido mordido. Estos animales, tan luego como fueron mordidos por el perro, fueron cauterizados en el punto de la herida, profundamente con un hierro caliente hasta el rojo. Tengo pruebas elocuentísimas de la inutilidad de estas cauterizaciones, áun que sean hechas inmediatamente después del accidente, al rojo. La salud de Losda es perfecta, habiendo terminado su tratamiento el 28 de Noviembre último.»

En un solo caso el tratamiento ha sido ineficaz, habiendo sucumbido el enfermo á la rabia á pesar de haber empleado en él los mismos recursos que en los demás casos.

«Era una joven llamada Luisa Pelletier. Esta muchacha de diez años, fué mordida el 3 de Octubre en Verenne-Saint-Hilaire, por un

perro de ganado y no me fué entregada hasta el 9 de Noviembre. Tenía una herida de 12 á 15 centímetros, y sus bordes conservaban todavía las huellas de los dientes del animal. Esta llaga me inspiró serios temores, por lo que rogué al Dr. Vulpian me acompañara para que me diera su parecer, Yo hubiese debido, por interés del método, desechar á esta enferma que llegaba tan tarde en busca de mis auxilios, y que se encontraba en tan desfavorables condiciones, pero un sentimiento humanitario me obligó á escuchar los lamentos de sus padres.

Los síntomas de la hidrofobia se manifestaron el 27 de Noviembre, ó sea, once días después de terminado el tratamiento, y llegaron á su maximum el 1.º de Diciembre, muriendo el día 3 del mismo mes.

Una difícil cuestión se presentó entonces. ¿Cual de los virus rabico había producido la muerte? ¿El que procedía del perro, ó el que yo había aplicado? Muy fácil me fué resolver este problema. Veinticuatro horas después de la muerte, previamente autorizado por los padres de la niña y por el prefecto de policía, trepané el cráneo en la región que yo había herido, aspire una pequeña cantidad de masa cerebral, que inoculé á dos conejos por el método de trepanación. Estos dos animales, fueron invadidos por un ataque de rabia paralítica diez y ocho días después, y uno y otro murieron al mismo tiempo. Después de la muerte, saqué de nuevo masa cerebral, que inoculé á otros dos conejos, que padecieron la enfermedad misma á los diez y seis días.

Estos resultados demuestran que el virus que hizo morir á la infeliz niña era el del perro que la mordió, puesto que si hubiera sido inoculado por mí, toda vez que si éste hubiera sido el causante de la muerte, al ser inoculado de nuevo en los conejos hubieran muerto antes de los siete días.

Si el tratamiento preventivo no ha producido jamás en los 350 casos ni un flemón, un absceso, y solamente ha causado un poco de enrojecimiento á consecuencia de las últimas inoculaciones, ¿no tenemos derecho á decir que éste es el que mejor combate las consecuencias de las mordeduras de los perros rabiosos?

Su eficacia puede deducirse especialmente del conocimiento de los medios con que hasta ayer contábamos para combatir la hidrofobia. Las obras de medicina humana y de veterinaria suministran datos contradictorios sobre los éxitos alcanzados con los demás tratamientos.

Me inspiran mucha confianza las estadísticas siguientes:

El Sr. Lablanc, ilustrado veterinario, miembro de la Academia de medicina, que ha dirigido durante mucho tiempo el servicio sanitario en la prefectura de policía del Sena, ha tenido la bondad de remitirme un documento precioso para este caso. Es una estadística oficial que él mismo ha recogido, según los informes de los comisarios de policía y de los veterinarios de los hospitales de los perros.

En el departamento del Sena, ha habido los siguientes enfermos de rabia y muertos que á continuación se expresan:

En 1878.....	103	24
» 1879.....	67	12
» 1880.....	68	5
» 1881.....	156	23
» 1882.....	76	11
» 1883.....	45	6

Estas cifras representan un 1 por 100 de muertos.

La profilaxis de la rabia, después de la mordedura, es un hecho.

Debe, pues, fundarse un «establecimiento de vacunación contra la rabia.»

El final del informe fué sumamente aplaudido. El presidente, general Graviere, dirigiéndose á Pasteur, exclamó:

«Faltaría á un deber, querido y eminente colega, si no os manifestara en nombre de la Academia el sentimiento de legítimo orgullo que nos inspiráis. Si: tenéis razón al asociarnos á vuestras conquistas, porque estamos orgullosos con vuestros notables descubrimien-

tos... más orgullosos que vos mismo queréis. Si vuestra modestia, si vuestra presencia no me impusieran una extremada reserva, creería hablar en nombre de la humanidad, preunciando aquí palabras de admiración y reconocimiento.»

El doctor Vulpian afirma que tiene el convencimiento de que las personas que ha visitado en el laboratorio de Pasteur estaban abocadas á una muerte próxima. «Ha llegado la hora, dijo, de fundar un establecimiento especial para que puedan afluir á París de todas partes de Francia y del mundo, para que no se prolongue por más tiempo el estado de cosas que originan á Mr. Pasteur grandes dificultades materiales, relativas á la instalación y alojamiento de los enfermos y de las personas que les acompañan.» Vulpian cree que por mucho tiempo aún, las inoculaciones deberán de ser en París, y bajo la directa inspección de Pasteur.

Este responde, que hace ya tiempo que mantiene la idea de fundar un establecimiento de vacunación. La experiencia ha demostrado que las inoculaciones han sido eficaces en las personas tratadas muchos días después de haber sido mordidas, y hasta después de muchas semanas. Los cuatro americanos que ha tratado, lo fueron luego de 21 días. Se pueden, pues, mandar á París, todos los heridos de cualquier punto de Europa ó América del Norte que sea.

Sin embargo, como la experiencia confirma que el período de incubación dura de 40 á 60 días, la inoculación practicada en un período muy lejano podría coincidir con la explosión de la hidrofobia.

Un sólo establecimiento bastará para la América del Norte y Europa, y los puntos de las otras partes del mundo de las que se puede llegar á París en un plazo que no exceda de 20 días.

Un establecimiento único de este género, ofrecerá mayores seguridades para el tratamiento, puesto que será más fácil agrupar un personal suficiente é instruido, y mejores condiciones materiales, tan necesarias para hacer las inoculaciones. Mr. Pasteur calcula en 50.000 francos la cantidad necesaria para la realización del proyecto, y no cree tenga que acudir al Estado francés para llevarlo á cabo, pues entiende que una suscripción internacional bastaría.

El Sr. Presidente.—Francia es bastante rica para pagar su gloria.

El secretario perpetuo (Mr. Bertrand).—Propongo que se nombre una comisión de los miembros de las secciones de medicina y de cirugía, para que se encarguen de realizar el pensamiento del laboratorio internacional.

El Sr. Freycinet, (presidente del Consejo de ministros y miembro libre de la Academia).—No creo equivocarme diciendo que el gobierno tendría sumo placer asociándose á la grandiosa empresa de Mr. Pasteur. (Pruebas unánimes de aprobación). El Sr. Freycinet abandona su asiento y felicita calurosamente al Sr. Pasteur.

El Sr. Presidente.—Si la Academia lo acuerda, yo rogaré al Sr. Freycinet forme parte de la comisión. (Quedó aprobado.)

El Sr. Pasteur.—Doy las gracias á mis sabios compañeros por sus palabras, y puedo asegurarles que cuento con el concurso de los directores de grandes establecimientos franceses de crédito.

El Sr. Bertrand.—No os preocupéis, señor Pasteur, por este asunto. Basta con que habléis para que en el acto se realice el proyecto.

El Sr. Pasteur.—Mi preocupación alcanza á más lejos. No debo dejar pasar esta ocasión que se me presenta, para dar un nuevo impulso á los estudios generales sobre las enfermedades violentas y contagiosas. Lo que acaba de suceder con la rabia vá á tener consecuencias análogas para diversas enfermedades.

Yo quisiera impulsar estos trabajos, por ejemplo, saber si la difteria es susceptible de ser tratada con buen resultado, inspirándome en los principios del método que acabo de exponeros.»

¡Ojalá sea el ilustre sabio francés, tan afortunado como lo ha sido con la rabia! Y si aquel día llega, Pasteur será el hombre al que más deberá la humanidad.

A. SETTIER.

REVISTA DE MADRID

Estamos presenciando la primera sonrisa de la primavera. el primer movimiento de la naturaleza, que hace esfuerzos para salir del sepulcro de nieve y cierzo en que la había enterrado el invierno.

Esta es la época de las violetas.

Esa flor modesta y sencilla que exhala un perfume encantador, que penetra suavemente en el corazón, que oculta siempre su corola ante el follaje, que no deslumbra cual la arrogante dalia, pero atrae dulcemente y su reinado es más duradero.

Las violetas son las precursoras de la primavera.

De esa hermosa estación autócrata de las alas, las rosas y los perfumes, que empieza a poner morados los tilos y a echar nevada aromosa de blancos encajes en las ramas de los sauces.

La tierra comienza a exhalar perfumes embriagadores; el cielo se cubre de hermoso azul y la mañana se eleva por el horizonte llenando el espacio de reflejos y matices, y trae para las hojas de las plantas un magnífico aderezo de gotas de rocío que brillan a los rayos del sol lo mismo que las perlas.

Los campos y las florestas se visten de verde; mansos rumores de aguas y de brisas comienzan a extenderse por el espacio bañado en luz copiosa; cada violeta que brota es un fecundo pebetero que arroja al ambiente raudales de suavísima fragancia; cada planta que asoma sobre la tierra es un perenne surtidor de donde salen torrentes de oxígeno, que absorbidos ávidamente por nuestros pulmones se convierten en torrentes de vida que hace circular la sangre por nuestros vasos, vigorizando todo nuestro ser; el fluido eléctrico que el frío invierno acumuló en el seno de la tierra, es devuelto a la atmósfera para que ejerza su benigna influencia en la vida orgánica; el año exhala su primer suspiro perfumado, y la naturaleza entera, sintiendo refluir la vida a todos sus organismos, estalla, en fin, en un místico y universal *hosanna* al Supremo Hacedor, cuya potente mano abre las puertas de la hermosa primavera; y al *hosanna* de la naturaleza se mezcla el *hosanna* de nuestros corazones, extasiados de gozo ante ese fecundo despertar de vida, de amor, de movimiento universal que provoca la llegada de la estación florida.

La primavera es la juventud, la juventud es el amor y el amor la primavera del alma.

Después de hablar de la primavera de la juventud y del amor, nada más lógico que hablar del único amor verdadero, noble, grande, santo: el amor de madre.

Es el amor en que no hay engaño, en que no hay falsedad, en que no hay sacrificio imposible.

Es todo abnegación, todo ternura, todo pureza.

El espejo de una madre, son los ojos del hijo de sus entrañas.

Una mirada suya es un libro en donde lee sus penas y sus alegrías, sus gozos y sus amarguras.

Es avara de sus lágrimas y pródiga de su sonrisa.

Va por el mundo apartando las espinas del camino que su hijo ha de cruzar sembrándolo de flores.

La dulce cadena con que lo sujeta son sus brazos.

¡Bendito sea el amor de madre!

¡Bendito este sagrado depósito de ternura que no tiene fondo!

¡Qué diferencia entre lo que es el amor de madre en la generalidad de los casos y lo que es cuando este amor purísimo se trueca en odio!

Buen ejemplo de ello es lo ocurrido recientemente en la casa núm. 7 de la calle Montealeón con la niña Consuelo.

Sus detalles acuden a nuestra memoria con la insistencia con que acude a la imaginación el recuerdo de alguna escena que nos ha causado profunda sensación de tristeza.

La protagonista de este cuadro de horror, ya lo hemos dicho, se llamaba Consuelo, tenía poco más de seis años, y habitaba en una guardilla de la mencionada casa de la calle de Montealeón, en compañía de

dos seres que el uno decía haberla engendrado, y la otra asegura que la ha llevado nueve meses en sus entrañas. Los dos tienen la avilantez de llamarse sus padres.

No hemos presenciado nada más espantoso que el cadáver de la niña Consuelo, mudo acusador de un crimen, para cuya descripción no hay palabras en el lenguaje humano.

Los golpes que ha recibido la víctima deben haber sido dados con fuerza, con duplicada fuerza, pues algunas señales amoratadas de la piel, parecen producidas por un derrame interno de sangre.

Sobre la frente de la niña caían desordenados algunos preciosos cabellos rubios que casi ocultaban unos ojos muy azules, muy grandes y muy heramosos; su boquita parecía conservar todavía un movimiento de contracción producido sin duda por el dolor, y la camisita recogida dejaba ver una mancha morada más grande que las demás en la garganta, y en sus piernecitas, particularmente junto a la rodilla, algunos cardenales de cuatro a seis centímetros de diámetro. La oreja izquierda completamente amoratada, se hallaba algo desprendida por la parte inferior, como si hubieran tratado de arrancarla tirando de ella.

A la vista del cadáver de aquella infeliz criaturita no podíamos menos de pensar en las tristes ideas que se agolparían en los últimos momentos de la infantil imaginación de aquella niña, para quien su breve paso por este mundo tantas lágrimas la ha costado.

Y al pensar en la desnaturalizada madre, instintivamente sin darnos cuenta de ello, nuestros labios no podían menos de decir: ¡infame!

¡Maldición sobre la mujer que no comprende el más puro, noble y santo de sus amores!

El conciso relato del crimen de la calle de Montealeón nos lleva por la mano a escribir unas cuantas líneas acerca de los niños que lloran y padecen.

Estos niños merecen ocupar nuestra atención por muchas razones, pero principalmente por dos muy poderosas: el sello que imprime el sufrimiento tiene un encanto doloroso para nosotros, las lágrimas encierran un tesoro de poesía, la poesía del dolor.

Bienaventurados los que lloran, ha dicho Jesucristo, ese gran poeta, ese gran filósofo que, encarnando su divina esencia en un cuerpo mortal, nos dió el primero tan grande ejemplo de humildad.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados, ha dicho.

¡Sublimas palabras que caen sobre los corazones como un bálsamo cicatrizador.

Ellas consuelan las amarguras del alma, y hacen brotar el germen del sufrimiento y de la resignación.

Vosotras, pobres criaturas, que no contáis en vuestra penosa marcha por el camino de la vida con más amparo que el de ese Dios, todo misericordia y compasión; vosotros, que veis acercarse los trabajos, la miseria con las demás penalidades que heredasteis de vuestros padres, con la sonrisa en los labios, aun no sois del todo desgraciados; la desgracia que os rodea no tiene ni puede cimentar una sólida base en vuestros corazones; las huellas que deja el dolor en su terrible marcha, no existen para vosotros, y si existen son tan leves, tan pasajeras como esas ligeras ráfagas que se ciernen en el espacio, y a las que basta un soplo de viento para hacerlas desaparecer. No conocéis aún la parte moral del dolor, esa herida mana sangre, mientras esta circula por las venas, ese torcedor que los años mitigan, pero que no nos abandona jamás.

Sin embargo, y a pesar de todo, os compadezco, queridos niños, compadezco, sobre todo a esos seres inocentes, nacidos en las tinieblas de la sociedad, hijos muchas veces de madres desnaturalizadas y cobardes; ellas les legan con su abandono, la vergüenza y la miseria; cometieron la falta y no tienen valor bastante para expiarla. Abandonados desde sus primeros momentos al torno de las casas de asilo, donde santas mujeres se apresuran a llenar con ellos los deberes que aquellas no supieron cumplir, arrojados otras veces en el fango y en el lodo de las calles, muertos de hambre y de frío, mientras otros seres iguales en un todo a ellos, besados y acariciados se duermen en el dulce seno de sus madres; despreciados, en fin, por esa sociedad que les arroja a la vergüenza de no tener un apellido que les pertenezca, no viendo en ellos las inocentes víctimas de un delito... bien merecéis nuestra compasión, bien ganáis ese reino celestial que Dios promete a los que lloran... tal vez pese lo

bastante en la balanza de su divina justicia vuestra desgracia en el terrible día en que ese Dios grande y justiciero nos pida a todos estrecha cuenta de nuestros actos.

No todos, felizmente, caéis en ese abismo de perdición en los primeros años de la vida, arrojando esa inmensa fatalidad que pesa siempre sobre el que nace destinado a padecer; felices aquellos que han visto la luz por vez primera bajo un modesto techo y tienen padres que guíen sus primeros pasos; ellos podrán llevar con más resignación su cruz en el calvario de la vida, y a la edad en que los demás niños no se ocupan más que en los infantiles juegos que son inherentes a ella... ganarán ya el pan con el sudor de su rostro llenos de alegría y esperanza.

Lágrimas de compasión asoman a nuestros ojos cuando contemplamos esos pobres niños que en pleno invierno y a las altas horas de la noche, descalzos ó casi descalzos, pululan por los cafés y los teatros vendiendo periódicos u otros objetos de poquísimo valor, ó simplemente pidiendo una limosna.

¿Quiénes son esos desgraciados niños? ¿A dónde van?... ¿No tienen un padre que trabaje para ellos? ¿No tienen una madre que les dé calor con sus besos? ¿Por qué, a esas horas en que nosotros envueltos en cómodas y abrigadas ropas nos quejamos de la intensidad del frío y matamos las largas veladas del invierno saboreando esquisitas bebidas y sabrosos manjares, ellos, sin abrigo y sin alimento, apenas se atreven a levantar la temblorosa voz cuando acuden a nuestra caridad?... ¡Ah! pobres criaturas; son hijos desheredados que no tienen más amparo que el de Dios que les ha criado, y el de la caridad sencilla bendita por el que fructifica siempre en el corazón de os buenos.

¡Pobres y desgraciadas criaturas!

Os llamamos *chicos*, sin reparar que la resignación con que lleváis vuestra miseria y vuestros andrajos os hacen verdaderamente grandes; os apartamos de nuestro paso muchas veces, quejándonos de vuestra importunidad al pedirnos la pequeña limosna y tal vez el severo castigo de algún bárbaro padre, ébrio por la bebida y la cólera, os espera detrás de la puerta de vuestra miserable casa, si no lleváis la suma que os ha fijado: entonces lloráis de miedo, de miedo, porque sentís ya los golpes con que va a recibirlos... y sin embargo, entre las tinieblas de la noche que os aterra con su soledad, no vaciláis en dirigiros al *hospituario* hogar que os cobija.

Doloroso es confesarlo, pero es una triste verdad: más les valiera a algunos de estos desgraciados niños no haber conocido padres; y sino, decidme de qué les sirven: ¿los mantienen acaso?...

A semejanza de los pájaros, que buscan su sustento por el campo, ellos, desde las primeras horas de la mañana, se lanzan a las calles, ignorando dónde y cuándo comerán.

¿Los educan en la virtud y en la honradez?

A su lado sólo aprenden blasfemias é impropiedades, sólo ven acciones bajas é innobles, que llevan el sello de la brutalidad.

¿Los visten? ¿Los calzan? No: todos los andrajos que cubren su debil y estenuado cuerpo, los deben a la caridad.

¿De qué les sirven, pues? ¿para qué los necesitan? Más bien que sus hijos son sus perros.

¿Qué aprenderán, pues, con el ejemplo que tienen a la vista? ¿Germinarán en su corazón las semillas de la virtud? ¿Se encenderá en sus pechos la pura llama del amor filial? Más tarde, cuando empiecen a sentir agitarse en su alma el huracán de las pasiones ¿sabrán encadenarlas con el auxilio de los preceptos morales y religiosos? ¿Conocerán sus deberes sociales? No, por desgracia, aun en la flor de su vida completarán su funesta educación en los patios de alguna cárcel, y saldrán de allí para ser miembros podridos y segregados del cuerpo social... alguno tal vez será ladrón ó asesino y maldecirá a los hombres; tal vez acabe sus días en un patíbulo: entonces y sólo entonces, se abrirán sus ojos a la luz y se disiparán las tinieblas que ofuscan su entendimiento; entonces conocerá la profundidad del abismo en que ha caído, abismo insondable del que sólo la religión puede sacarle; pero si se remonta a las causas, si se acuerda de la sentina en que corrieron los primeros días de su niñez, ¿se encontrará verdaderamente culpable? No, dirá, y tal vez con razón: nació en la miseria lejos de todo lo bueno, de todo lo justo; los que podían haberme encaminado al bien, no lo hicieron; el trabajo ennoblece y hace digno al hombre, y no me lo enseñaron: sólo he aprendido a engañar a la sociedad, a robarla y a es-

escarnecerla; ¿quién tiene, pues, la culpa de lo que soy ahora?

¡Maldición sobre los que me han traído á este afrentoso sitio!

He aquí la más grande de todas las desgracias que acarrea la miseria; si la virtud la santifica el crimen la deshonra.

No bajéis, pues, vuestra frente porque llevéis en ella estampado el sello de la pobreza; mientras que la vergüenza y el remordimiento no manche vuestras almas y haga enrojecer vuestras mejillas, levantadla llenos de noble y legítimo orgullo.

Jesucristo, al hacerse hombre, pudo haberse elegido para sí la representación de la grandeza y el fausto, sin embargo, una lavandera y un carpintero fueron elegidos para ser sus padres; nacido en un establo entre humilde paja, adorado de pobres y sencillos pastores, vino á predicarnos la humildad y la virtud; para él, los pequeños son grandes, los grandes pequeños. Quiere al hijo pródigo arrepentido, aunque vuelva cubierto de miseria y de lepra; quiere que le imitemos, y nuestros deberes están basados en la fidelidad y fácil observancia de sus preceptos ¿qué le importan á él vuestros mugrientos harapos, si cubren un alma grande y virtuosa?

Cifrad vuestra dicha en ser buenos, honrados y laboriosos; sed tiernos hijos y cariñosos padres; respetad á los que son más que vosotros y compadecead á los que sean menos; aplicaos con fe y entusiasmo al trabajo, fuente de vuestra futura tranquilidad y bienestar, y si ahora sois niños en los que no puede cimentarse nada sólido ni fundamental, si ahora sois tiernos vástagos que se doblegan con la ayuda de la voluntad ajena, mañana seréis hombres, mañana conoceréis lo que vale una vida consagrada al cumplimiento de los deberes morales y sociales impuestos á todo ciudadano, y si habéis procedido como buenos, exclamaréis, con la mano puesta sobre el corazón:

—He querido ser un hombre honrado y virtuoso y lo he conseguido.

Dichosos los que nacidos en el seno de una familia que los idolatra, y readeados desde los primeros años

de todas las comodidades que pueden apetecer, no han sentido aun en su tierno corazón los dolores que sufren los que carecen de todo desde el momento en que nacen.

Dichosos los que ven tranquilos y hasta alegres, á través de los cristales de sus ventanas, caer la nieve en abundancia, y á quienes el dulce calor y la brillante claridad de las llamas del hogar hacen gozar de una manera completamente infantil.

Dichosos los que no saben lo que es llorar de hambre y de frío; los que al regresar á vuestras casas, de vuelta del colegio ó del paseo, tenéis siempre prevenido el tierno beso de la madre y el apetitoso manjar que os destina para saciar vuestro apetito; los que sois tan felices la víspera de la fiesta, en la que os esperan el vestido nuevo, el precioso juguete, todo un día, en fin, de alegría, destinado á jugar y á gozar.

Dichosas vosotras también, madres cariñosas, que os llenáis de legítimo orgullo al contemplar la hermosura de vuestros hijos, realzada por las encantadoras galas que tanto cuidado tenéis en proporcionarles; si veis palidecer alguna vez sus mejillas y sentís arder sus manos por el calor de la fiebre, hacéis presurosos acudir á la cabecera de sus lechos todos los recursos de que la ciencia puede disponer; que os complacéis en oírles pedir pan por una, dos y tres veces, para gozar luego viendo el placer con que le devoran... que tenéis siempre dispuesta una moneda para satisfacer sus infantiles caprichos...

¡Ah! pero no creáis por esto que es mi ánimo entristecerlos; pero hay muchas madres paralas que casi todos estos goces son desconocidos. Hay muchos niños que de todo esto carecen.

Gozad, pues, en buen hora ya que un Dios grande y benéfico se ha dignado concederos todos esos goces inefables.

Gozad vosotras, madres, con el espectáculo de vuestra felicidad, aumentada á cada instante con las infantiles caricias de esos tiernos seres pedazos de vuestras entrañas, y vosotros, queridos niños, apresuraos también á gozar de todas las delicias que os guarda el amoroso regazo en que depositáis las fugitivas lágrimas y las encantadoras sonrisas; pero después de esto, compadeceos siempre de esos pobrecitos

niños descalzos y hambrientos, que esperan en silencio y con lágrimas en los ojos los restos de vuestra comida y las migajas de vuestro pan para recogerlas y devorarlas; mirad que estos niños abandonados no tienen, como vosotros, más mano cariñosa y benéfica que les conduzca por el camino del bien; que su educación, sin ese apoyo moral, firme y seguro de que vosotros disponéis, se resiente muchas veces, y las pequeñas travesuras de la niñez suelen convertirse en acciones deshonrosas en su juventud, y quién sabe si más adelante en horriblos crímenes; compadeceos, pues, de ellos y amparadles, dadles la limosna del pan y de la moneda, pero no les neguéis la del consuelo, la del consejo, la de la instrucción y la del trabajo; si hacéis esto, si contribuís con vuestros esfuerzos á inculcar en su corazón el amor á la virtud y la honradez, que son el más rico patrimonio del pobre, estad seguro de que será un día de inmensa felicidad y satisfacción para vosotros aquel en que podáis decir:

—He arrancado á mi hermano de las garras del crimen y de la miseria; y he contribuido á dar á la sociedad un ciudadano útil y virtuoso.

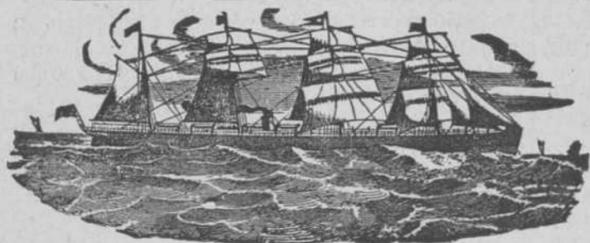
Estas indicaciones, que aún hechas en este lugar de LA AMÉRICA y al correr de la pluma, evidencian la necesidad de resolver el problema de proteger á los niños, planteado con el horroroso crimen cometido en la niña Consuelo, y hacen ver de una manera palpable la imperiosa y urgente necesidad de acometer una reforma que en mayor ó menor escala han realizado ya todas las naciones más civilizadas; pero evidencian al propio tiempo la necesidad de caminar hacia esa reforma con una gran circunspección y con una prudencia que nunca será bastante recomendada.

Es preciso reconocer que la iniciativa particular ha dado ya un gran paso con la creación de la *Sociedad protectora de los niños*; pero esto mismo debe servir al gobierno de guía, puesto que se encuentra perfectamente preparado el terreno.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ULPIANO GÓMEZ Y PÉREZ

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevititas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

El 10, de Cádiz, el vapor España.
El 20, de Santander, Méndez Núñez.
El 30, de Cádiz, Antonio López.

VAPORES-CORREOS A MANILA con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo 18; Cádiz 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona 1.º, fijamente de cada mes.

El vapor España saldrá de Barcelona el 1.º de Mayo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía dá alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y rnalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques. Para más informes en

Barcelona: La Compañía Trasatlántica; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de La Compañía Trasatlántica.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larriaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: RS. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

EL PROGRESO EN 1886

SEXTO AÑO DE SU PUBLICACION
La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los seis años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.
Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas seminales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

OBRAS PUBLICADAS

Curso completo de declamación, ó enciclopedia de los conocimientos que necesitan adquirir los que se dedican al arte escénico, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 450 páginas.—Precio 7 pesetas.

Obra premiada con medalla de 1.ª clase en la Exposición Literario-artística de 1885.

Músicos, poetas y actores: colección de estudios crítico-biográficos de los músicos Salinas, Morales, Victoria, Eslava, Ledesma y Masarnau; de los poetas García Gutiérrez, Hartzembuch y Ayala; de los actores Maíquez, Latorre y Romea, por D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un tomo en 4.º de 286 páginas.—Precio 5 pesetas.

Obra premiada con medalla de plata en la Exposición Literario-artística de 1885.

Isaac Albeniz: estudio crítico-biográfico de tan reputado pianista, por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Un folleto en 8.º —Precio 50 céntimos.

Estas obras se hallan de venta en las oficinas de la BIBLIOTECA ARTÍSTICA, Columela, núm. 4, bajo, derecha.

OBRAS EN PREPARACIÓN

Indumentaria Teatral. | Estética de la Música.
Galería de Actores Españoles.

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina solo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupción en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2, Marillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen 13,